

2018-08-23

Transferencia y pérdida de goce en la neurosis. El alcance de lo real por lo simbólico en la cura analítica

Agüero, María

<http://rpsico.mdp.edu.ar/handle/123456789/751>

Descargado de RPsico, Repositorio de Psicología. Facultad de Psicología - Universidad Nacional de Mar del Plata. Inni

Informe final trabajo de investigación correspondiente al requisito curricular conforme O.C.S 553/2009

Título del proyecto: “Transferencia y pérdida de goce en la neurosis. El alcance de lo real por lo simbólico en la cura analítica”

Proyecto de investigación: “Hacer modelo de la neurosis”

30-07-2018

Agüero María D.N.I 37.867.963 Matricula 10958 Año 2012

Agüero Catalina D.N.I 38.685.095 Matricula 11446 Año 2013

Supervisor: Rosana Scandalo

Este informe final corresponde al requisito curricular de Investigación y como tal es propiedad exclusiva de los alumnos: Agüero María y Agüero Catalina de la facultad de psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata y no puede ser publicado en un todo o en sus partes o resumirse, sin el previo consentimiento escrito de los autores.

El que suscribe manifiesta que el presente Informe Final ha sido elaborado por los alumnos Agüero María y Agüero Catalina matriculas N°10958 y 11446, conforme los objetivos y el plan de trabajo oportunamente pautado, aprobando en consecuencia la totalidad de sus contenidos a los días 29 del mes de Julio del año 2018.

Firma

Aclaración

Sello

Informe de evaluación del supervisor

Considero que la alumna María Agüero, junto con su compañera Catalina Agüero, han podido dar cuenta de los objetivos generales del proyecto pudiendo realizar un recorrido conceptual que les ha permitido abordar la noción de progreso en la cura para la clínica psicoanalítica, diferenciándola, de manera general, de otras logoterapias.

Como producto del trabajo han podido arribar a conclusiones pertinentes que se inscriben dentro de la situación actual de la Psicología Clínica, diferenciando una clínica que produce efectos terapéuticos aliviando el padecimiento sintomático, y aquí intentan dar respuestas todas las clínicas, incluida la psicoanalítica, de otra que busca ir más allá bordeando la falta hasta arribar a la producción de un incurable, con el grado de elaboración psíquica que esto conlleva. La producción ha derivado, además, en interrogantes acerca del sujeto y del ser para la clínica psicoanalítica que fijan puntos de partidas para continuar investigando.

Con respecto a lo actitudinal, la alumna María Agüero se ha desenvuelto con responsabilidad, respondiendo en tiempo y forma a los requerimientos del Informe Final. Es necesario destacar que presenta además un interesante recorrido por la teoría psicoanalítica que le ha permitido avanzar con rapidez y eficacia.

Firma del supervisor:

Firma del alumno:

Considero que la alumna Catalina Agüero, junto con su compañera María Agüero, han podido dar cuenta de los objetivos generales del proyecto pudiendo realizar un recorrido conceptual que les ha permitido abordar la noción de progreso en la cura para la clínica psicoanalítica, diferenciándola, de manera general, de otras logoterapias.

Como producto del trabajo han podido arribar a conclusiones pertinentes que se inscriben dentro de la situación actual de la Psicología Clínica, diferenciando una clínica que produce efectos terapéuticos aliviando el padecimiento sintomático, y aquí intentan dar respuestas todas las clínicas, incluida la psicoanalítica, de otra que busca ir más allá bordeando la falta hasta arribar a la producción de un incurable, con el grado de elaboración psíquica que esto conlleva. La producción ha derivado, además, en interrogantes acerca del sujeto y del ser para la clínica psicoanalítica que fijan puntos de partidas para continuar investigando.

Con respecto a lo actitudinal, la alumna Catalina Agüero ha llevado adelante la Tesis de Pregrado con dedicación responsable, respondiendo cabalmente a los requerimientos que iban surgiendo del trabajo. Es de destacar también su actitud hacia la clínica, que muestra a través de las preguntas pertinentes, un gran interés por saber y una actitud reflexiva ante las complejidades del tema.

Firma del supervisor:

Firma del alumno:

Atento al cumplimiento de los requisitos prescriptos en las normas vigentes, en el día de la fecha se procede a dar aprobación al trabajo de investigación presentado por los alumnos Agüero María y Agüero Catalina matriculas N°10958 y 11446

Firma y aclaración de los miembros integrantes de la Comisión Asesora:

Fecha de aprobación:

Calificación:

DESCRIPCIÓN DEL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

- Apellido y Nombre de los alumnos: Agüero María y Agüero Catalina
- Matricula y año: Año 2012 matricula 10958 y Año 2013 matricula 11446
- Cátedra: Psicología Clínica
- Supervisor: Scandalo Rosana
- Título del proyecto: Transferencia y pérdida de goce en la neurosis. El alcance de lo real por lo simbólico en la cura analítica.
- Descripción resumida:

¿Cómo se entiende el progreso en la cura psicoanalítica? ¿Qué es lo que el psicoanálisis promete a un sujeto que padece? Se trata de un progreso que opera sobre el fantasma en transferencia para lograr una transformación que concierne a la posición del sujeto respecto del goce. La cura analítica tiene por objeto hacer surgir la relación del sujeto con la verdad escamoteada en su síntoma.

Intentamos poner de relieve las condiciones de estructura que el psicoanálisis descubre: un sujeto disarmónico con la realidad, introduciendo una versión de la cura que subvierte los criterios contemporáneos de salud y ofrece una alternativa al deseo. Para el discurso analítico, el deseo es la salud.

No obstante, la cura analítica comporta un límite, un límite propio de la estructura del sujeto, y que se articula a lo que Freud llama la roca viva de la castración, o lo que Lacan refiere como lo incurable. Se trata de un límite al que el análisis tiende a aproximarse sin nunca alcanzar.

- Palabras clave: cura analítica-transferencia-progreso-fantasma-goce.
- Motivos y antecedentes:

“Si consideramos que la teoría lacaniana es freudiana uno podría decir que Lacan construye la lógica freudiana del inconsciente. Es decir, Lacan hace el paso de dar cuenta lógicamente, formalmente hasta donde nosotros podemos hablar de formalización en psicoanálisis...” (Iunger, 2015)

Con esto queremos decir que, en su retorno a Freud, la obra de Lacan constituye un intento de presentar una topología del sujeto, esto es, una formalización del sujeto en relación al significante, el deseo y la angustia a través de la búsqueda de operadores técnicos y lógicos como lo son el complejo de Edipo y la castración. Se trata de un “retorno” a Freud guiado principalmente por la lectura de autores provenientes de la lingüística y el estructuralismo, primordialmente Ferdinand de Saussure y Claude Levi-Strauss.

Empezaremos planteando qué se entiende por inconsciente para el psicoanálisis. Lacan, en su retorno a Freud, articula la noción de inconsciente a la de sujeto. El inconsciente es los efectos que ejerce la palabra sobre el sujeto. El inconsciente introduce una subjetividad dividida de su saber y alienada de su pensar: “pienso donde no pienso pensar”. El inconsciente es entonces un saber a ser producido.

Podemos decir así, que el inconsciente es una cadena significativa que se distingue por su modo operatorio: se repite e insiste en otro lugar. Esto no significa que el inconsciente es lugar, con lo cual Lacan introduce una diferencia respecto de Freud, quien concibe al inconsciente como una escena, localizable en una tópica. Lacan distinguirá entonces una

cadena que insiste y el lugar con el que ésta interfiere. Este lugar es constituido y ofrecido por el discurso mismo y se presenta bajo la forma de tropiezo.

Lacan sostiene que la estructura de la neurosis es esencialmente una pregunta, una pregunta relativa al ser. Ahora bien, si la neurosis es la enfermedad de la pregunta, la función del fantasma será esta, la de obturar, hacer de barrera, ponerle un marco a la angustia que genera la pregunta por el deseo del Otro. El fantasma cubre la angustia que la falta en el Otro suscita y permite establecer una lógica, cierta seriación del encuentro con el objeto que se presenta al modo de ciertas convicciones para el sujeto. El fantasma para el neurótico es la realidad dado que éste se hace ser ese objeto con el que recupera un goce perdido por estructura desconociendo la castración del Otro. No obstante, el fantasma no es el único modo que tiene el neurótico de vérselas con el deseo del Otro, con la castración del Otro, sino que también podrá renegar de la misma a través de su síntoma, $S(A)$.

El fantasma es una máquina que se pone en juego cuando se manifiesta el deseo del Otro en tanto enigma. De lo que se trata es del deseo del Otro en la medida en que en el Otro hay un significante que puede faltar, que no puede responder totalmente a la demanda, es decir, que el Otro está afectado por la castración, cuestión que Lacan plantea a través del matema $S(A)$.

En relación a la transferencia, con su algoritmo “sujeto supuesto saber”, Lacan introduce una ilusión, esto es, el paciente cree que su verdad está ya en el analista, que éste la conoce de antemano. Se trata de un momento en que el síntoma es transformado en enigma, un momento de histerización dado que el síntoma representa allí la división del sujeto. Con ese síntoma, el sujeto se dirige al analista con una pregunta, ¿Qué quiere decir esto? Esta posición incluye un saber, pues supone que el analista detenta la verdad de su síntoma, y de esta forma el analista se incluye en el síntoma, completándolo. Se trata de un saber sobre el

goce que está en causa y que viene a mostrar la verdad escamoteada en el síntoma. No obstante, dicho saber está supuesto a la función del analista y por eso éste no deberá identificarse a dicha posición dado que de este modo, transformaría el análisis en una práctica que no incluiría la falta. Lacan crítica las fórmulas que asocian la transferencia a la identificación y sostiene que ésta segunda mantiene con la transferencia una relación estrecha, es cierto, pero que indica justamente que la misma no ha sido analizada. ¿Cuál es el efecto del establecimiento de ese sujeto supuesto saber? Es el amor. Se trata de la transferencia como repetición en que los significantes de la demanda son dirigidos al Otro del Amor, donde es colocado el analista. El amor es el efecto de la transferencia, pero bajo el aspecto de resistencia al deseo como deseo del Otro. Frente al surgimiento del deseo, bajo la forma de una pregunta, el analizante responde con amor.

“¿Qué quiere ese amor de transferencia? Él quiere saber. Ahora, la propia transferencia es definida por Lacan como el “amor que se dirige al saber”. No obstante, su finalidad, como la de todo amor, no es el saber, sino el objeto causa del deseo.”(Quinet, 1996)

Ese objeto es lo que le confiere a la transferencia su aspecto real: de real del sexo. La suposición de saber es correlativa a la atribución al Otro de la transferencia del objeto que causa el deseo.

Así, otro polo de la transferencia es aquel que Lacan introduce en su texto “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” y que lo lleva a definirla como: “la puesta en acto de la realidad del inconsciente” destacando que la realidad del inconsciente es sexual y por ello, pulsional. Se trata de la transferencia como un encuentro del orden de lo real del sexo. Se trata en psicoanálisis de trabajar con lo real del fantasma, con ese objeto que está presente

como puesta en acto. Hay en la transferencia, una maniobra por parte del analista, el analista maniobra en la transferencia para hacerle producir la satisfacción que habita en el fantasma.

“Esta satisfacción, cuando se obtiene, es momento...momento de cierre del inconsciente; no es un goce que habla, sino un goce silencioso, como lo es precisamente la pulsión” (Soler, 1988)

Así aparece que el manejo de la transferencia por parte del analista es justamente introducir algo del orden de la insatisfacción, esto es, insatisfacer el fantasma dado que esto tendrá como correlato la revelación del punto de satisfacción que está en juego. Manifestar de alguna manera la presencia de una positividad que no es la positividad del significante sino más bien, la positividad del goce. El goce es del orden del trauma, de la pulsión, de un más allá del inconsciente, de un más allá del principio de placer, de un factor cuantitativo, de un exceso de carga, de una tensión y de un gasto. Hay goce en el nivel que empieza a aparecer el sufrimiento. Se trata de un imposible, de un incurable, de aquello a lo que el análisis tiende a aproximarse sin nunca alcanzar. Se trata de pensar la roca viva de la castración en relación a lo imposible y lo incognoscible. Se trata de un real en juego, imposible de abordar por el saber, por el saber inconsciente. En palabras de Lacan, es aquello que no cesa de no escribirse.

Cabe destacar aquí la noción de pulsión en cuanto Lacan, en su seminario “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” la define como “el trazado del acto”.

La pulsión es un concepto fundamental que constituye ese punto de disyunción y conjunción que solo puede ser ocupado por el deseo del analista.

“La transferencia se ejerce en el sentido de llevar la demanda a la identificación. Es posible atravesar el plano de la identificación, por medio de la separación del sujeto en la experiencia, porque el deseo del analista, que sigue siendo una X, no tiende a la identificación sino en el sentido exactamente contrario. Así, se lleva la experiencia del sujeto al plano en el cual puede presentificarse, de la realidad del inconsciente, la pulsión” (Lacan, 1964)

La función que llamamos “deseo del analista” constituye el pivote de la transferencia. El deseo del analista es deseo de máxima diferencia, deseo de nada, deseo de analizar. Para ello se requiere de la abstinencia, esto es, la puesta en suspensión del fantasma por parte del analista en la dirección de la cura.

“El deseo del analista es un deseo cuya definición podríamos especificar, con Lacan, como deseo de diferencia absoluta. ¿Entre qué y qué? Entre lo que es del orden del ideal y lo que es del orden del objeto a. Allí donde el amor de transferencia tiende a instalar la coalescencia entre I y a, en esa dimensión que tiene que ver con la identificación, allí el deseo del analista hace de corte, operando hacia el establecimiento de una máxima diferencia entre I y a”.

(Junger, 2015)

- Hipótesis: El progreso en un análisis implica una pérdida de goce por parte del sujeto en transferencia. La función del analista es la de insatisfacer el fantasma dado que esto tendrá como correlato la revelación del punto de satisfacción que está en juego. Manifestar de alguna manera la presencia de una positividad que no es la positividad del significante sino más bien, la positividad del goce. El psicoanálisis promete al sujeto negativizar algo del goce que está en causa.
- Objetivos generales:

- Explicar la noción de progreso para el psicoanálisis
- Interrogar el progreso en la cura analítica como contrapunto de otras terapéuticas propias de la época actual regida por la inmediatez del mercado, los procesos rápidos y los costos bajos.
- Objetivos específicos:
 - Articular los conceptos de transferencia, fantasma y goce
 - Relacionar la noción de progreso, cura y fin de análisis.
 - Explicitar qué se entiende por negativización del goce en un análisis
- Métodos y técnicas a emplear: Planteamos una investigación teórica basada en la literatura psicoanalítica de orientación freudiana y lacaniana, con una finalidad exploratoria, interpretativa y analítica. En el aspecto teórico, recabaremos información más completa respecto de los problemas planteados con el propósito de conocer las variables que se asocian. Esta parte de la investigación será de carácter bibliográfico. Las técnicas adoptadas para el cumplimiento de los objetivos específicos serán las siguientes: lectura sistemática de fuentes bibliográficas primarias y secundarias; fichaje de los textos; comentario críticos de las fuentes; elaboración de articulaciones conceptuales. Las actividades se orientarán a la definición conceptual de las variables escogidas: inconsciente, neurosis de transferencia, fantasma, goce, función del analista y progreso. La tarea implica la identificación de los campos semánticos de estas variables y la definición conceptual de las mismas, a los fines de determinar su relación.

6- Referencias bibliográficas:

- Amigo, Silvia “Clínica de los fracasos del fantasma”. 1999. Pg 22. Homo sapiens ediciones
- Auge, Marc ¿Qué paso con la confianza en el futuro? 2015. Pg 31. Siglo XXI editores

- Frydman, Arturo, “La subversión de Lacan” Una introducción a la noción de sujeto. 2012. Pg 87. Ediciones continente
- Frydman, Arturo, “La subversión de Lacan” Una introducción a la noción de sujeto. 2012. Pg 94. Ediciones continente
- Frydman, Arturo, “La subversión de Lacan” Una introducción a la noción de sujeto. 2012. Pg 101. Ediciones continente.
- Galande, Emiliano “Psicoanálisis y salud mental”. Cap 2 “El sistema de salud mental” 1994. pg 79. Editorial Paidós
- Galende, Emiliano “Psicoanálisis y salud mental”. Cap 6 “Las practicas del psicoanálisis en salud mental” 1994. Pg 240. Editorial Paidós
- Iunger Victor, “De la letra por el equívoco” El logos freudiano. Ensayos psicoanalíticos. 2015. Pg 36 Colección bitácora.
- Jacques Lacan, Escritos II “Juventud de Gide, o la letra y el deseo” Sobre un libro de Jean Delay y otro de Jean Shlumberger. 1966. Pg 711. Siglo XXI editores.
- Lacan J. “Proposición del 9 de octubre de 1967” Pg 14-30.
- Jacques Lacan, Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. 1964. Pg 32. Editorial Paidós
- Jacques Lacan, Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. 1964. Pg 33. Editorial Paidós
- Jacques Lacan, Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. 1964. Pg 143. Editorial Paidós
- Jacques Lacan, Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. 1964. Pg 282. Editorial Paidós

- Miller, S. “Momentos cruciales de la experiencia analítica”. Proposición del 9 de octubre de 1957 sobre el psicoanalista de la escuela. La equivocación del sujeto supuesta al saber. 1987. Pg 47
- Miller, S. “Momentos cruciales de la experiencia analítica”. Proposición del 9 de octubre de 1957 sobre el psicoanalista de la escuela. La equivocación del sujeto supuesta al saber. 1987. Pg 49
- Ravinovich, Gabriela “Momentos cruciales de la experiencia analítica”. Traducción de la Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela de Jacques Lacan. 1987. Pg 8
- Rubinstein, D. “Algunas consideraciones relativas a la práctica del psicoanálisis en los hospitales” 2013. Pg 26. Facultad de Psicología-UBA.
- Soler, Colette “Finales de análisis”. 1988. Pg 11. Editorial Manantial
- Soler, Colette “Finales de análisis”. 1988. Pg 58. Editorial Manantial.
- Soler, Colette “Finales de análisis”. 1988. Pg 33. Editorial Manantial.
- Soler, Colette. “Momentos cruciales de la experiencia analítica”. Proposición del 9 de octubre de 1957 sobre el psicoanalista de la escuela. La equivocación del sujeto supuesta al saber. Transferencia y angustia. 1987. Pg 77

7- Lugar de realización del trabajo: Ciudad de Mar del Plata, facultad Nacional de Psicología. Cátedra Psicología Clínica. Denominación del proyecto de investigación: *Hacer modelo de la neurosis*. Sus efectos sobre la repetición. Estudio de casos.

Firma del supervisor

Firma de los alumnos

Pares de investigación

Índice General

PRIMERA PARTE

<i>I: El sujeto y el inconsciente</i>	16
<i>II: El sujeto y el fantasma</i>	23
<i>III: El sujeto, la transferencia</i>	26
<i>IV: El sujeto, la transferencia y el acto</i>	28
<i>V: El deseo del analista</i>	30

SEGUNDA PARTE

<i>VI: Acerca del progreso en la cura analítica</i>	33
<i>VII: Más allá del efecto terapéutico: el acto psicoanalítico</i>	38

TERCERA PARTE

<i>VIII: El progreso, la verdad y el goce</i>	42
<i>IX: El progreso y la angustia en la cura analítica</i>	48
<i>X: El progreso, el atravesamiento del fantasma y la negativización del goce</i>	53
<i>XI: El progreso, el fin de análisis y lo incurable</i>	60
<i>XII: Momento de concluir... ¿una cura de lo incurable?</i>	65
<i>XIII: Comentarios finales</i>	70

PRIMERA PARTE

I. El sujeto y el inconsciente

“Si consideramos que la teoría lacaniana es freudiana uno podría decir que Lacan construye la lógica freudiana del inconsciente. Es decir, Lacan hace el paso de dar cuenta lógicamente, formalmente hasta donde nosotros podemos hablar de formalización en psicoanálisis...” (Junger, 2015)”

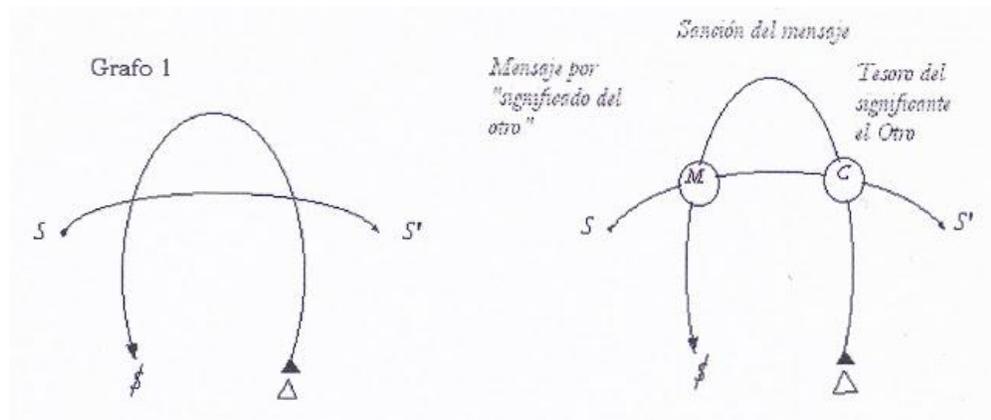
Con esto queremos decir que, en su retorno a Freud, la obra de Lacan constituye un intento de presentar una topología del sujeto, esto es, una formalización del sujeto en relación al significante, la angustia y el deseo a través de la búsqueda de operadores técnicos y lógicos como lo son el complejo de Edipo y la castración. Se trata de un “retorno” a Freud guiado principalmente por la lectura de autores provenientes de la lingüística y el estructuralismo, primordialmente Ferdinand de Saussure y Claude Levi-Strauss.

Lacan sostuvo una polémica con analistas de su época, a los que acusaba de haberse desviado de la senda del descubrimiento freudiano. Lacan dirá que el psicoanálisis es realmente una manifestación del espíritu positivo de la ciencia en tanto explicativa y está lo más lejos posible de un intuicionismo e irracionalismo. El psicoanálisis opera en cambio como un desciframiento, y la dimensión en juego es la del significante. Es evidente entonces que se haya omitido el papel de la estructura del significante porque expresa algo que sale del fondo del sujeto, algo que puede llamarse su deseo, que a partir del momento en el que dicho deseo está capturado por el significante, es un deseo significado. Esta crítica implica poner de relieve la incidencia del lenguaje en los hechos del inconsciente, la instancia de la letra en el mismo. Con esto aludimos al inconsciente en términos de estructura sometida a la legalidad del lenguaje. Freud ya había dado cuenta en algunos de los textos fundantes del psicoanálisis, que el inconsciente es una instancia “parlante”, que busca hacer oír un mensaje censurado, que es vehículo del deseo. En su “retorno”, Lacan se vale de esto y llegará a postular su lema “El inconsciente está estructurado como un lenguaje”. Entre los años 1953 y 1961 realizará entonces un entrecruzamiento de los desarrollos de la lingüística con las teorizaciones freudianas.

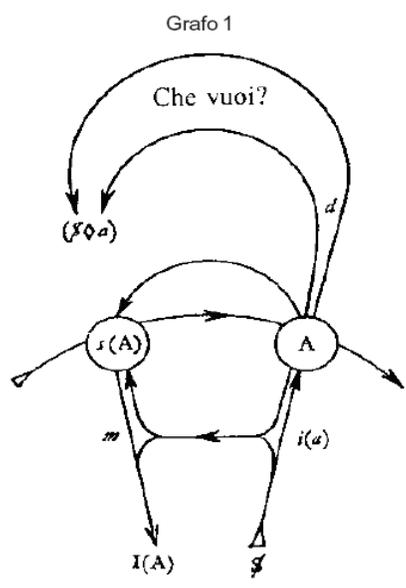
“El inconsciente no es lo primordial, ni lo instintual, y lo único elemental que conoce son los elementos del significante” (Lacan, 1966)

Lacan se apoya en la lingüística para conceptualizar el inconsciente, más precisamente en los descubrimientos de Ferdinand Saussure, quien funda el algoritmo que luego toma y subvierte el psicoanálisis. Este algoritmo es el siguiente: (S/s) que se lee como el significante sobre el significado, el “sobre” responde a la barra que separa a sus dos etapas y plantea una correspondencia unívoca de la palabra con cosa. El aporte subversivo de Lacan será invertir los elementos del algoritmo Saussureano, señalando una primacía del significante, dado que entiende que el significante, por su naturaleza, anticipa siempre el sentido. Se trata de plantear que no hay ninguna significación que se sostenga si no es por la referencia a otra significación, así como enfatizar la posición primordial del significante y del significado como órdenes distintos y separados inicialmente por una barrera resistente a la significación. La barra, entonces, lejos de indicar relación indica separación de dos órdenes diferentes, precipitando la idea de resistencia a la significación. Esto pone de relieve los lazos propios del significante y la amplitud de su función en la génesis del significado. La estructura del significante es, del lenguaje, que es articulado. Es en la cadena del significante donde el sentido insiste y se desliza, pero ninguno de los elementos de la cadena consiste en la significación de la que es capaz en el momento mismo. Lacan hablará de significación en términos de articulación entre significantes que producirán efectos de significado. Por significante entenderemos un significante sin significación. No se trata de representación de un significado, sino que tendrá una función de representante para otro significante. De hecho el significante se define por su relación y diferencia con otro, éste jamás se encuentra aislado sino en cadena. Lacan propone entonces la siguiente definición: El significante es lo que representa a un sujeto para otro significante. Dicho autor hablará de puntuación para denominar el movimiento que abrocha todos los significantes. Ahora bien, la cadena significante es puntuada por la sanción del Otro. En su texto “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” Lacan presentará un grafo que busca, entre otras cosas, figurar una de las maneras posibles de entender la producción de significación.

En dicho grafo, Lacan partirá de una notación que ubica a un viviente mítico, pre lingüístico, que parte desde la necesidad. El punto que llamaremos código, es el lugar donde el sujeto mítico se encuentra con la batería del significante y las leyes de su empleo. El punto M, es lo que Lacan en su época llamó mensaje que tiene que llegar a un interlocutor, en C, por el cual será sancionado.



Posteriormente, Lacan reemplazará la noción de código por la de Tesoro del significante, anotado en el grafo con la letra A y el concepto de mensaje quedará sustituido por la de “significado del Otro”. Por último, el viviente que partía de un estado mítico se transformará en un sujeto barrado, a quien el lenguaje lo preexiste, y su intencionalidad quedará abolida por el poder de la sanción del Otro. La madre es quien, primordialmente, encarna el lugar del Otro, es decir, es en la madre como función que el sujeto se encuentra con el significante. Pero el significante no puede decirlo todo, no hay nunca una significación completa, la noción de tesoro remite a la de conjunto, que implica el no todo y es por ello que siempre algo escapa a la significación. Por esta razón, el Otro quedará ahora barrado, por operación de la castración, lo cual lo constituye como deseante.



Aquí debemos plantear una diferencia entre los conceptos de necesidad, demanda y deseo. La demanda es una articulación significativa, lugar donde el objeto, como objeto de la necesidad se enajena, implica el paso de la necesidad al mundo del significante. Lacan define a la demanda como una petición de amor, la demanda es demanda de amor. El Otro, responde a la demanda con su falta.

“El neurótico en efecto, histérico, obsesivo o más radicalmente fóbico, es aquel que identifica la falta del Otro con su demanda” (Lacan, 1966)

Y es justamente en el momento en el que el Otro muestra su falta, que se presenta una diferencia entre demanda y necesidad dando como resultado el deseo. En palabras de Lacan:

“El deseo se esboza en el margen donde la demanda se desgarrar de la necesidad” (Lacan, 1966)

Es entonces la castración del Otro, su falta, lo que introduce la posibilidad del deseo, del inconsciente y también de la angustia. El deseo habita en el intervalo entre dos significantes, los significantes de la presencia (fort) y ausencia (da) inauguran el campo de lo enigmático y el pasaje al campo del deseo. La inserción del hombre en el deseo está condenada a una problemática especial, la dialéctica de la demanda, en la medida en que esta siempre pide algo que es más que la satisfacción a la que apela y va más allá de ésta. De ahí el carácter problemático y ambiguo del lugar donde se sitúa el deseo. Este lugar siempre está más allá de la demanda en tanto que la misma apunta a la satisfacción de la necesidad, y está más acá de la demanda en tanto que ésta, por estar articulada en términos simbólicos va más allá de toda satisfacción a la que apela, es una demanda de amor que apunta al ser del Otro. Es entre el requerimiento de la satisfacción y la demanda de amor donde el deseo ocupa su lugar y ha de organizarse. Es por ello que solo podemos situar al deseo en una posición doble con respecto a la demanda, a la vez más allá y más acá, demanda con respecto a una necesidad y demanda estructurada en términos de significante. El deseo es vehiculado por el significante pero inatrapable por el mismo.

“Los enigmas que propone el deseo... no consisten en ningún otro desarreglo del instinto sino en su entrada en los rieles-eternamente tendidos hacia el *deseo de otra cosa*- de la metonimia” (Lacan, 1966)

Para Freud, desde el origen, si el sujeto sabe que desea, no sabe lo que quiere. Y cuando finalmente se acercó a lo que quería, verifica entonces que no era eso. Lo que lleva a concluir un saber que el yo no sabe, pero ligado a un deseo.

Otra fórmula que utiliza Lacan para referirse al deseo es “el deseo es el deseo del Otro” y en ese lazo se aloja el deseo de saber. Para el sujeto del psicoanálisis el Otro está allí como inconsciente e interesa a su deseo en la medida de lo que le falta y él no sabe. Este Otro está connotado allí como A tachado, lo que introduce la dimensión de la castración del Otro, la falta del Otro. El sujeto queda aislado como el que no sabe, así se sitúa frente al Otro: especificando al Otro como falta. Lo que remarcamos es la captura del deseo del sujeto por el Otro definido a partir de lo que le falta y él no sabe. La frase “El deseo es el deseo del Otro”, a los fines del desarrollo de Lacan, implica al genitivo subjetivo en el que dicho *del* opera como el Otro que tiene un deseo y conlleva la determinación deseante del sujeto. El hombre no sabe qué desea, por eso se dirige a Otro a los fines de inquirir acerca de su deseo. Y es allí, ante el Otro deseante, que el sujeto se hace objeto de ese deseo del Otro. Para el psicoanálisis, el Otro está allí como inconsciente y concierne al deseo del sujeto en la medida de lo que le falta y él no sabe. El Otro es el lugar en el que se produce el sujeto barrado, es la estructura del lenguaje caracterizada por una falta, es decir nunca autentificable por completo.

Esto nos dirige al concepto de inconsciente que plantea Lacan en su retorno a Freud, el cual se articula con la noción de sujeto. El inconsciente es los efectos que ejerce la palabra sobre el sujeto. El inconsciente introduce una subjetividad dividida de su saber y alienada de su pensar: “pienso donde no pienso pensar”. El inconsciente es un saber a ser producido.

“Freud opone la revelación de que, a nivel del inconsciente, hay algo homólogo en todos sus puntos con lo que ocurre a nivel del sujeto: eso habla y eso funciona de manera tan elaborada como a nivel de lo consciente, el cual pierde así lo que parecía un privilegio suyo”(Lacan, 1964)

El inconsciente queda así definido como:

“Cadena significativa que se repite e insiste en otro lugar (otra escena dice Freud), en los cortes que el discurso efectivo le ofrece y la cogitación que él informa” (Frydman, 2012)

Podemos decir entonces que el inconsciente es una cadena significativa que se distingue por su modo operatorio: se repite e insiste en otro lugar. Esto no significa que el inconsciente es lugar, con lo cual Lacan introduce una diferencia respecto de Freud, quien concibe al inconsciente como una escena, localizable en una tópica. Lacan distinguirá entonces una cadena que insiste y el lugar con el que ésta interfiere. Este lugar es constituido y ofrecido por el discurso mismo y se presenta bajo la forma de tropiezo.

“¿Qué es lo que impresiona, de entrada, en el sueño, en el acto fallido, en la agudeza? El aspecto de tropiezo bajo el cual se presentan.”(Lacan, 1964)

Esto pone de relieve el corte, el intervalo entre significantes que a su vez delimita otro corte, entre el significante y el significado. ¿Qué quiere decir esto? Que el sujeto aparece precisamente en el tropiezo, la discontinuidad, la fisura, el corte de la cadena significativa, cuando el significante se desanuda de su significado, para anudarse ahora a uno nuevo, y volver a desaparecer. De esto se deriva una disyunción: sujeto e inconsciente no son lo mismo.

“La discontinuidad es, pues, la forma esencial en que se nos aparece en primer lugar el inconsciente como fenómeno – la discontinuidad en la que algo se manifiesta como vacilación”. (Lacan, 1964)

En toda circunstancia en la que se produce un vaciamiento en el discurso, algo se muestra, algo se realiza, el sujeto del inconsciente, de donde surge un hallazgo, asimilable al deseo, para volver a cerrarse, a escabullirse, a desaparecer. El inconsciente es aquello que se vuelve a cerrar en cuanto se ha abierto, es fugaz, se desvanece.

“Antes no es, luego deberá producirse. Antes no estaba. Cuando esta ya no es sujeto, sino inconsciente, lo que es preciso que sea para caer del ser” (Frydman, 2012)

Las consecuencias de situar el corte entre el significado y el significante llevan a distinguir al menos dos sujetos. El sujeto del significado, articulable a la intención de significación y la voluntad de decir, y el sujeto del significante, que surge en el tropiezo con el significante que está allí como obstáculo, como resistencia, un sujeto que no es aquel que cree

decir lo que quiere en la medida en que no comanda al significante. Este sujeto es aquel coordinado al corte, al intervalo significante, a la discontinuidad de la cadena, esto es, lo opuesto a un Yo que se ocupa de rellenar lagunas y edificar continuidades. El sujeto es entonces esa discontinuidad como falta de un significante, o de significante en menos, lo que obligara a ubicar en el centro de la estructura a la falta en cuanto tal.

Para resumir, se puede decir que Lacan construyó una lógica freudiana del inconsciente a través de la presentación de tres registros: real, simbólico e imaginario. El registro de lo simbólico intenta nombrar y dar razón a la estructura del inconsciente como tal, y su puesta en acto como producción. Hablar del inconsciente como producción es hablar de los lugares y los modos en los cuales el inconsciente se realiza en acto, esto es, de las formaciones del inconsciente. Dar cuenta del inconsciente, a través del registro simbólico, es expresar que “El inconsciente está estructurado como un lenguaje”, es decir, su estructura es lingüística y por ende, su producción también es lingüística, es significante. El sujeto que se produce es equivalente a eso que siempre falta, un significante en menos, él es borramiento de un significante, es función de falta, que se instala en la experiencia clínica como enigma, a través de las llamadas formaciones del inconsciente. Decimos que el inconsciente es entonces cadena significante, y el sujeto aparece allí, en los cortes, las rupturas, los huecos y las vacilaciones de la misma.

“El sujeto en tanto producto es inestable, una marca invisible presta a ocultarse tras diversas formas de enmascaramiento: el significado, el yo, el Ideal, el fantasma. Estas son las respuestas que velan lo propio de la respuesta a la pregunta: ¿Qué soy yo?” (Frydman, 2012)

II. El Sujeto y el fantasma

Es esta pregunta, “¿Quién soy?”, formulada por el sujeto, lo que nos introduce en la estructura del fantasma y que tiene su correlato en el grafo que propone Lacan a través de la pregunta ¿Chez voi?

Cuando hablamos de la demanda dijimos que a nivel de la demanda de amor, el Otro está barrado, es decir, no es Otro omnipotente. Dado que el Otro no tiene con qué responder para satisfacer la demanda, se pone en juego la caída de la potencia del Otro. Así, se vehiculiza el deseo del Otro, por la falta de un significante en el Otro. Se trata, entonces, de una demanda de amor al Otro que no tiene con qué satisfacer la necesidad, pero que da, y lo que da es una falta.

El deseo del Otro se presenta como un enigma, como oscuro y opaco; ¿"qué me quiere"?. Ante esta pregunta el sujeto se encuentra inerme, sin recursos, lo cual, suscita angustia. Entonces, hay emergencia de angustia ante la pregunta por el deseo del Otro y en este punto es que el fantasma muestra su función.

“El fantasma es una respuesta que el sujeto se da a la pregunta por el deseo del Otro”
(Amigo, 1999)

El fantasma es una máquina que se pone en juego cuando se manifiesta el deseo del Otro en tanto enigma. De lo que se trata es del deseo del Otro en la medida en que en el Otro hay un significante que puede faltar, que no puede responder totalmente a la demanda, es decir, que el Otro está afectado por la castración, cuestión que Lacan plantea a través del matema $S(A)$ /

Entonces, lo que angustia, es el enigma del deseo del Otro y el fantasma se puede ubicar, dice Miller, como lo que cubre la angustia suscitada por dicho enigma. La angustia emerge entonces cuando hay un desfallecimiento de la cobertura fantasmática en tanto que el fantasma cubre la angustia que la falta en el Otro desencadena.

“La respuesta a la pregunta ¿Qué me quiere el Otro? Es el significante del Otro tachado, respuesta insoportable que introduce la castración del Otro en tanto que deseante. Las demás respuestas, están destinadas a obtener, de maneras diferentes, esa castración, esa falta en el Otro”
(Rabinovich, 1993)

Lacan sostiene que la estructura de la neurosis es esencialmente una pregunta, una pregunta relativa al ser. Ahora bien, si la neurosis es la enfermedad de la pregunta, la función del fantasma sería esta, la de obturar, hacer de barrera, ponerle un marco a la angustia que genera la pregunta por el deseo del Otro. El fantasma cubre la angustia que la falta en el Otro suscita y permite establecer una lógica, cierta seriación del encuentro con el objeto que se presenta al modo de ciertas convicciones para el sujeto. El fantasma para el neurótico *es* la realidad dado que éste se hace ser ese objeto con el que recupera un goce perdido por estructura desconociendo la castración del Otro. No obstante, el fantasma no es el único modo que tiene el neurótico de vérselas con el deseo del Otro, con la castración del Otro sino que también podrá renegar de la misma a través de su síntoma, S(A).

Podría decirse, entonces, que las diferentes estructuras clínicas pueden plantearse como modos de respuesta a la cuestión del deseo del Otro. Las diferentes estructuras clínicas serían modos de respuesta, posiciones fantasmáticas diferentes que responden a la castración en el Otro, en el sentido de que si hay algo respecto de lo cual el sujeto, neurótico o perverso, nada quiere saber es, de la falta en el Otro.

En relación al fantasma, cabe destacar una noción fundamental que introduce el grafo del deseo, esta es la noción de retroacción significativa, la cual hace posible que como analistas podamos operar con la interpretación sobre hechos actuales refiriéndonos con estos, a algo pretérito. Esto es lo mismo que decir que para que se establezca una neurosis de transferencia (escena) es necesario localizar una neurosis infantil (la otra escena) y es en este punto que neurosis y psicosis se diferencian gracias al accidente forclusivo propio de esta segunda. La psicosis a diferencia de la neurosis, no tiene prehistoria, esto es, las vivencias infantiles no están ordenadas por los operadores lógicos del Edipo y la castración. La psicosis tiene entonces un origen absoluto, aquel situado por el mecanismo de la forclusión que implica que en el lugar del Otro, hay agujero. El significante Nombre del Padre no llegó al lugar del Otro, es decir, el Otro no pone a operar su castración quedando inhabilitada la pregunta y por ende la configuración del fantasma. Fantasma y psicosis se excluyen mutuamente.

Aquí debemos plantear una diferencia entre síntoma y fantasma la cual está en relación con otra diferencia, esto es, la que existe entre el significante y el objeto. En primer lugar Lacan, dice Miller, situó el final de análisis en relación al fantasma y no al síntoma. Lo ubicó en relación a lo que llamó la

travesía del fantasma. El síntoma, en cambio, nos plantea un problema terapéutico, el problema de la desaparición del síntoma, del levantamiento del síntoma. Por ello, la entrada en análisis atañe al síntoma. Es necesario, para que la entrada de análisis se produzca, que se articule el síntoma en la transferencia, en términos freudianos, es necesario que se instaure la neurosis de transferencia. La fórmula del fantasma indica la relación del sujeto con el objeto, con el objeto que él se hace ser en el fantasma, en tanto que se prende de la demanda del Otro, ese identificar la demanda del Otro con su deseo, quiere decir que el Otro le demanda ese objeto a él.

En la cura psicoanalítica hay un afloramiento del fantasma en los dichos del paciente y se trabajará, a través de la asociación libre, con el fantasma del analizante, que se presentará al modo de una seriación de la relación del sujeto con el objeto, pero siempre una vez que se haya instalado la transferencia. La certeza que porta el fantasma no es una certeza de saber sino más bien una certeza que solo se atestigua cuando pasa al acto. Con esto intentamos poner de relieve que la transferencia no sólo es el sujeto supuesto al saber sino la puesta en acto, la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente. La caída del sujeto supuesto saber implica el encuentro con la barradura del Otro, es la verificación de un agujero en el saber, donde la verdad, como causa, cumple su función.

“En esta relación de uno con otro se instituye una búsqueda de la verdad en la que se supone que uno de los dos sabe o, al menos, que sabe más que el otro.” (Lacan, 1964)

III. El sujeto y la transferencia

En relación a la transferencia, con su algoritmo “sujeto supuesto saber” Lacan introduce una ilusión, esto es, el paciente cree que su verdad está ya en el analista, que éste la conoce de antemano. Se trata de un momento en que el síntoma es transformado en enigma, un momento de histerización dado que el síntoma representa allí la división del sujeto. Con ese síntoma, el sujeto se dirige al analista con una pregunta, ¿Qué quiere decir esto? Esta posición incluye un saber, pues supone que el analista detenta la verdad de su síntoma, y de esta forma el analista se incluye en el síntoma, completándolo. Se trata de un saber sobre el goce que está en causa y que viene a mostrar algo de la verdad escamoteada en el síntoma.

Entonces, ¿Cuál es la posición que permite la entrada en un análisis? En principio se requiere del fracaso de una solución, vale decir, que el síntoma se vuelva “la piedra en el zapato”, algo que impide caminar, o al menos, caminar como se acostumbraba. Allí es donde localizamos un segundo estatuto sintomático: el padecimiento del síntoma. Para que pueda articularse una demanda de análisis se precisa de una fractura, esto es, la apertura de la dimensión sufriente necesaria para que alguien dirija una demanda a otro, eventualmente a un psicoanalista. El síntoma, capturado por el dispositivo analítico es puesto en forma y entrega así su tercer estatuto: se torna pasible de ser descifrado, se vuelve analizable. El síntoma analítico supone como tal la inclusión del psicoanalista en su estructura. El analista opera *sobre* el síntoma, modificándolo, transformándolo. Si efectivamente hay una eficacia del dispositivo freudiano en el tratamiento del síntoma, ésta se sostiene del hecho de que el analista no interviene desde afuera: opera *con* el síntoma desde un punto que no puede suponerse exterior al mismo. La puesta en forma del síntoma bajo transferencia así lo dispone.

Esto quiere decir que el sujeto se dirige al analista con un síntoma, en busca de un saber sobre el mismo. Pero aquí, el saber está supuesto a la función del analista y por eso éste no deberá identificarse a dicha posición dado que de este modo, transformaría el análisis en una práctica que no incluiría la falta. Lacan crítica las fórmulas que asocian la transferencia a la identificación y sostiene que ésta segunda mantiene con la transferencia una relación estrecha, es cierto, pero que indica justamente que la misma no ha sido analizada.

“Qué quiere decir, por lo tanto, el análisis de la transferencia. Si algo quiere decir no puede ser otra cosa que la eliminación de ese sujeto supuesto saber, porque no hay para el

análisis, ni mucho menos para el analista, ninguna parte -y esta es la novedad- del sujeto supuesto saber; sólo hay lo que resiste a la operación del saber haciendo del sujeto, a saber, ese residuo que podemos llamar la verdad.”(Lacan, 1967)

¿Cuál es el efecto del establecimiento de ese sujeto supuesto saber? Es el amor. Se trata de la transferencia como repetición en que los significantes de la demanda son dirigidos al Otro del Amor, donde es colocado el analista. El amor es el efecto de la transferencia, pero bajo el aspecto de resistencia al deseo como deseo del Otro. Frente al surgimiento del deseo, bajo la forma de una pregunta, el analizante responde con amor.

“¿Qué quiere ese amor de transferencia? El quiere saber. Ahora, la propia transferencia es definida por Lacan como el “amor que se dirige al saber”. No obstante, su finalidad, como la de todo amor, no es el saber, sino el objeto causa del deseo.” (Quinet, 1996)

Ese objeto es lo que le confiere a la transferencia su aspecto real: de real del sexo. La suposición de saber es correlativa a la atribución al Otro de la transferencia del objeto que causa el deseo.

“El surgimiento de ese sujeto supuesto saber es correlativo al objeto *a*, del cual, el analista debe hacer semblante...” (Quinet, 1996)

El inconsciente ligado al sujeto supuesto saber encuentra su límite en la exploración hasta los bordes de la aplicación de la asociación libre sobre el síntoma. El inconsciente capaz de ser descifrado va perdiendo consistencia junto con la religión del sujeto supuesto saber y otra dimensión del inconsciente se impone ahora.

IV. El sujeto, la transferencia y el acto

“Diría que lo que Lacan trató de deslindar con el sujeto supuesto al saber es el pivote a partir del cual giran estos distintos aspectos de la transferencia” (Miller, 1987)

El sujeto supuesto al saber en el sentido de Lacan es el principio constituyente de la transferencia, fundamento sobre el cual se despliegan una diversidad de fenómenos. La teoría del sujeto supuesto al saber sitúa a la transferencia como la consecuencia inmediata de la situación analítica, como consecuencia inmediata de la regla fundamental que se le ofrece al paciente, es decir, la asociación libre, de la cual deriva la posición de interprete para el analista, amo de la verdad, (A). El analista aparece así como gran Otro, donde se constituye la significación. De lo que se trata es de un efecto intrínseco a la estructura de la situación analítica y por ello el analista no debe dejarse engañar, es decir, el psicoanalista no debe identificarse a esta posición. Esto es lo que constituye el deseo del analista, deseo muy particular de no identificarse al Otro. Lacan formula la experiencia analítica como el rechazo, la escupida por parte del sujeto de su significante -amo.

Tenemos entonces así otro polo de la transferencia, aquel que Lacan introduce en su texto “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” y que lo lleva a definirla como: “la puesta en acto de la realidad del inconsciente” (1973) destacando que la realidad del inconsciente es sexual y por ello, pulsional. Se trata de la transferencia como un encuentro del orden de lo real del sexo. Se trata en este punto de trabajar con lo real del fantasma, con ese objeto que está presente como puesta en acto. Podemos decir en relación al fantasma, que allí se juegan y conjugan dos cuestiones fundamentales: aquella que es del orden de la relación de objeto, y otra que es del orden de la identificación. Ambas cuestiones nos permiten establecer una lógica del fantasma.

Hay entonces en la transferencia, una maniobra por parte del analista, el analista maniobra en la transferencia para hacerle producir al analizante la satisfacción que habita en el fantasma. Y si lo pensamos a nivel del síntoma, esto permite decir que además de su estructura de lenguaje éste comporta también una cara de goce, el goce del síntoma, esto es, una modalidad de satisfacción para el sujeto.

“Esta satisfacción, cuando se obtiene, es momento... momento de cierre del inconsciente; no es un goce que habla, sino un goce silencioso, como lo es precisamente la pulsión.” (Soler, 1998)

Así aparece que el manejo de la transferencia por parte del analista es justamente introducir algo del orden de la insatisfacción, esto es, insatisfacer el fantasma dado que esto tendrá como correlato la revelación del punto de satisfacción que está en juego. Manifestar de alguna manera la presencia de una positividad que no es la positividad del significante sino más bien, la positividad del goce. El goce es del orden del trauma, de la pulsión, de un más allá del inconsciente, de un más allá del principio de placer, de un factor cuantitativo, de un exceso de carga, de una tensión y de un gasto. Hay goce en el nivel que empieza a aparecer el sufrimiento. Se trata de producir un imposible, de un incurable, de aquello a lo que el análisis tiende a aproximarse sin nunca alcanzar. Se trata de pensar la roca viva de la castración en relación a lo imposible y lo incognoscible. Se trata de un real en juego, imposible de abordar por el saber, queremos decir, por el saber inconsciente. En palabras de Lacan, es aquello que no cesa de no escribirse. El psicoanálisis nos enseña que todo saber ingenuo está asociado a un encubrimiento del goce que en él se realiza, es decir que nos enseña el trazado impuesto al goce.

Cabe destacar aquí la noción de pulsión en cuanto Lacan, en su seminario “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” la define como “el trazado del acto” (1973). Existe un lazo esencial entre el fantasma y la pulsión dado que el fantasma se escribe con los elementos gramaticales de la pulsión. Para Lacan, el fantasma no es sino un arreglo significativo que captura al objeto *a*. A cargo del analista está encontrarlo en cada estructura, encontrar la manera en que el sujeto se las arregla para “remediar la carencia de su deseo en el campo del acto sexual” (Lacan, 1967)

V. *El deseo del analista*

La pulsión es un concepto fundamental que constituye ese punto de disyunción y conjunción que solo puede ser ocupado por el deseo del analista. Dijimos en relación al fantasma, que el sujeto se hace objeto para el deseo del Otro, y que éstos objetos, son los objetos de la pulsión. La fórmula del fantasma neurótico es la que se encuentra antes del comienzo de cada psicoanálisis; la de la pulsión.

“La transferencia se ejerce en el sentido de llevar la demanda a la identificación. Es posible atravesar el plano de la identificación, por medio de la separación del sujeto en la experiencia, porque el deseo del analista, que sigue siendo una X, no tiende a la identificación sino en el sentido exactamente contrario. Así, se lleva la experiencia del sujeto al plano en el cual puede presentificarse, de la realidad del inconsciente, la pulsión” (Lacan, 1964)

La función que llamamos “deseo del analista” constituye el pivote de la transferencia. El deseo del analista es deseo de máxima diferencia, deseo de nada, deseo de analizar y para ello se requiere de la abstinencia, esto es, la puesta en suspensión del fantasma por parte del analista en la dirección de la cura.

“El deseo del analista es un deseo cuya definición podríamos especificar, con Lacan, como deseo de diferencia absoluta. ¿Entre qué y qué? Entre lo que es del orden del ideal y lo que es del orden del objeto a . Allí donde el amor de transferencia tiende a instalar la coalescencia entre I y a , en esa dimensión que tiene que ver con la identificación, allí el deseo del analista hace de corte, operando hacia el establecimiento de una máxima diferencia entre I y a ”. (Iunger, 2015)

Si el sujeto se hace ser, a través del fantasma, el objeto que el Otro desea, el deseo del analista opera separando, haciendo de hiancia, de corte, entre lo que es del orden del objeto y lo que es del orden del sujeto. Es decir, el deseo del analista opera para demostrar que detrás de todo Ideal hacia el que un sujeto podría encaminarse ciegamente, hay una satisfacción pulsional en juego.

“Si la transferencia es lo que, de la pulsión, aparta la demanda, el deseo del analista es lo que la restablece. Y por esta vía, aísla el a , lo coloca a la mayor distancia posible de la I que él, el analista, se ve llamado por el sujeto a encarnar” (Lacan, 1964)

Al producirse la separación entre el *I* y el *a* por la operación del deseo del analista, al quedar descubierta la satisfacción pulsional en juego, el sujeto deja de estar obligado a sacrificarse por el significante todopoderoso de la demanda.

Que el sujeto supuesto saber es el pivote de la transferencia quiere decir que el analizante comienza suponiendo que el analista detenta el saber que le concierne, que progresivamente descubre que no es así, pero que el análisis se funda sobre la base de esta suposición. Ahora bien, en este tiempo, el analista ya no es el *A* absoluto del significante, para pasar a ser el *a*, dado que es posible y necesario, un movimiento de la transferencia del amor al deseo. Este movimiento no sería posible sin la intervención del deseo del analista.

“El análisis de la transferencia consiste en descubrir que no hay, en sentido real, sujeto supuesto al saber. Esto es lo que constituye el deseo del analista, deseo muy singular que Freud localizó en un momento de la historia, el deseo del analista de no identificarse al Otro, de respetar lo que Freud, en su lenguaje, llama la individualidad del paciente, de no ser un ideal, un modelo, un educador, sino dejar libre campo a la emergencia del deseo del paciente” (Miller, 1987)

La caída del sujeto supuesto saber encuentra su traducción clínica en la presencia de un agujero en el Otro, un agujero en el saber.

Si el deseo del analista es la función que permite esta operación de separación, nos preguntamos entonces, ¿desde qué lugar opera el deseo del analista en la neurosis?

Miller, en sus conferencias de 1987, sostiene que el psicoanalista representa el residuo de la operación analítica, y asimismo, la causa que anima el deseo del paciente. Y nos dice que la grandeza del psicoanalista, en el sentido de Lacan, es consagrarse a permanecer en el lugar de desecho.

En su seminario 17, “El reverso del psicoanálisis” Lacan expresa que la posición del analista es, sustancialmente, la del objeto *a*. El analista tiene que representar de algún modo el efecto de rechazo del discurso, es decir, el objeto *a*.

El campo del sentido y del goce, aunque se excluyan mutuamente uno del otro, se encuentran en el semblante de objeto que el analista encarna.

“Son las letras del síntoma, sus significantes unarios, aquello que el discurso analítico produce como lo mas real del goce del síntoma mediante el circuito de la interpretación”
(Mazzuca, 2015)

El deseo del analista que, según Lacan, se manifiesta en la interpretación, es aquello que se ajusta a la pendiente de las palabras de su analizante.

“Es en tanto idéntico al objeto *a*, es decir, a lo que se presenta para el sujeto como la causa del deseo, como el psicoanalista se presta como punto de mira para esta operación insensata, un psicoanálisis, en la medida en que se compromete a seguir la huella del deseo de saber” (Lacan, 1975)

El analista; es éste, el analista el que llega al término del análisis a soportar el no ser nada más que ese resto, ese resto de la cosa sabida que se llama objeto *a*. El analista, según Lacan, encuentra su lugar en la transferencia como depositario de este objeto dado que el sujeto, depende de esa causa que lo divide y que se llama *objeto a*.

SEGUNDA PARTE

VI. Acerca del progreso en la cura analítica

Frente a una época que nos impone los valores del individualismo, la prisa y el éxito, nos propusimos pensar qué se entiende por progreso en la cura analítica como contrapunto de la lectura que nos ofrece una cultura alienada en el sistema capitalista. Según la definición de los diccionarios, el progreso es un concepto que indica la existencia de un sentido de mejora en la condición humana. Dicha mejora se asocia a un estado de completo bienestar físico, mental y social, que dependerá de la posibilidad del sujeto de adaptarse al sistema y a sus modos de subjetivación. De lo que se trata entonces es de adaptarse a las normas impuestas desde un poder coactivo a la existencia humana, alienarse en el sistema y serle fiel a los modos de producir y gozar que el mismo ofrece. Toda norma se propone como forma posible de unificación de una diversidad, de reabsorción de una diferencia, de estandarización de una subjetividad. El sujeto progresa en dirección al éxito y el éxito del mismo estará supeditado a las posibilidades de alienación y sometimiento que éste presente. Triunfarán aquellos que logren insertarse en el mercado y adaptarse a los modos y condiciones que esta lógica capitalista propone para su existencia.

En este sentido el psicoanálisis porta un carácter subversivo que cuestiona al cogito y los sistemas de saber y se caracteriza por una lectura basada en la destitución del sujeto de la conciencia. En otras palabras, la subversión que aporta el psicoanálisis no es solo una modificación conceptual del estatuto de sujeto sino que es, además, el marco de la función del objeto. Se trata de un objeto que no se ofrece dócilmente a la mirada de un sujeto, sino que lo trastorna hasta lo más profundo, determinando que el encuentro con el objeto sea siempre fallido. Por este motivo, se considera imposible la acomodación y adaptación del sujeto al objeto lo cual constituye la fuente de supuestas innovaciones terapéuticas que prometen la posibilidad de encuentro con un ajustado bienestar. De lo que se trata en este caso es de alcanzar un sujeto pleno, un sujeto absoluto. El psicoanálisis, en cambio, sitúa al sujeto en una relación con el saber, la verdad y el deseo que nada tiene que ver con aquella noción de bienestar que comporta una adaptación y un ajuste del sujeto con el ambiente.

Diremos entonces que si llevamos al sujeto a alguna parte, es a un desciframiento que supone ya en el inconsciente una clase de lógica particular. Se trata en este caso de un sujeto definido a través de su articulación por el significante, se trata en este caso de sujeto dividido.

“¿Y en Lacan, cuál es la ganancia?... ¡Si puede decirse que se trata de una ganancia! Retomaré esta pregunta en detalle, pero para avanzar, digamos que hay una ganancia que concierne a la posición del sujeto, en todo caso, una transformación que concierne a la posición del sujeto.” (Soler, 1998)

Con esta cita intentamos destacar la diferencia que plantea el discurso analítico respecto a los dispositivos de salud que propone una época impregnada de una ideología de la felicidad, que supone posible restaurar la armonía entre el sujeto y su ambiente. Intentamos entonces poner de relieve las condiciones de estructura que el psicoanálisis descubre: un sujeto disarmónico con la realidad, introduciendo por lo tanto una versión de la cura que subvierte los criterios contemporáneos de salud y ofrece una alternativa al deseo. Entonces, para el discurso analítico, el deseo es la salud.

De lo que se trata en psicoanálisis es de habilitar un espacio a la dimensión subjetiva, abolida por los permanentes intentos de objetivación de la época actual, dando cabida a una demanda de saber, y con ello, al deseo.

“El acto analítico, a diferencia del encuadre, implica en su punto de partida poner en juego el deseo del analista y ofrecerse para recibir la investidura de la transferencia a fin de convertirse en la causa de un decir que conducirá al sujeto hacia lo real que lo causa” (Rubinstein, 2002)

El discurso analítico introduce la dimensión del saber inconsciente, o del inconsciente como saber. Es un saber que “trabaja”, individualmente y en privado, y cuya producción es nada más y nada menos que el síntoma.

“El psicoanálisis solo se aplica, en sentido propio, como tratamiento y, por lo tanto, a un sujeto que habla y oye” (Lacan, 1966)

Si para el discurso analítico la neurosis es la enfermedad de la pregunta, ¿Qué demanda el paciente cuando llega al consultorio del analista? Demanda un saber, un saber que responda sobre su síntoma, esto es, un saber sobre el goce escamoteado en su síntoma.

Lo que el psicoanálisis trata es la división del sujeto dado que la neurosis es ya una manera de arreglárselas, de responder a dicha división. No obstante, el análisis no se contenta con el desplazamiento del síntoma para decir que está al final de la tarea, no se contenta con desplazar, con reducir el síntoma logrando el llamado “efecto terapéutico”. El efecto terapéutico podría situarse sobre el grafo de Lacan y lo ubicaríamos donde se inscribe la elaboración del saber inconsciente, es decir, en el lugar del mensaje del sujeto. El efecto terapéutico no es más que una sustitución significativa, un desplazamiento significativo, esto es, un movimiento de la palabra sobre el síntoma, que reduce el síntoma y alivia al sujeto que padece. En este sentido, podría pensarse que el efecto terapéutico indica algo del orden del progreso en la cura analítica, algo del alivio del sufrimiento y por ende, de la mejoría. No obstante, esto no implica alcanzar lo sexual, el goce en juego, o la ficción fantasmática que lo cubre, marcando muy claramente que el efecto terapéutico presenta un límite.

“¿A dónde quiero llegar? Quiero llegar a que el efecto terapéutico consiste simplemente en deshacer una *ficjacion*. ¿Entre qué y qué? Entre un significante y la cadena de significantes que remite al trauma sexual o al fantasma” (Soler, 1988)

No obstante, es este mismo efecto terapéutico el que justifica la prevalencia del dispositivo analítico. Lo que justifica es que hay un éxito del psicoanálisis, es decir que hay logros terapéuticos: eso nos asegura que hay real en juego en este dispositivo, vale decir, nos asegura que todo ese bla-bla está conectado con algo real. Diremos entonces que el efecto terapéutico es necesario pero aun así limitado, y en este punto el psicoanálisis tiene todavía mucho por hacer.

“¿Qué se hace en el psicoanálisis? Se produce la división del sujeto en acto, se la pone a trabajar en la transferencia” (Soler, 1988)

Esta cita refiere a un tiempo de la transferencia en la que ésta no está ya sostenida por el sujeto supuesto saber y por lo tanto articulada al efecto terapéutico.

“En el comienzo del psicoanálisis está la transferencia” nos dice Lacan en la proposición del 9 de octubre, y su pivote es el sujeto supuesto saber. La dirección de la cura se ordena, según Lacan, en un proceso que va de la rectificación subjetiva de las relaciones del sujeto con lo real, hasta la transferencia y luego a la interpretación. La misma tiene por objeto hacer surgir la relación del sujeto con la verdad escamoteada en su síntoma, vale decir, con lo real del goce. ¿A qué se debe este efecto que nada tiene que ver con el efecto terapéutico? Se debe a un efecto de la transferencia.

No obstante, cabe destacar que dicho efecto corresponde a una fase, a un momento de la cura analítica y por supuesto, a un tiempo de la transferencia.

Diremos que hay un primer momento que es aquel que Lacan llama de rectificación subjetiva que concierne a la relación del sujeto que se presenta a la consulta con sus síntomas. Se trata de una relación de sentido, aquel que cada uno le da a su sufrimiento. Podría decirse que dicho momento comporta el llamado “efecto terapéutico” dado que se trata de un intento del sujeto de avanzar hacia lo real a través de lo simbólico, aportando un sentido que aliviana su sufrimiento. En este punto se puede decir que el paciente “progresa”, en el sentido que alcanza una mejoría respecto de su estado anterior, dado que logra reducir algo que es del orden de la angustia. No obstante, el psicoanálisis no se conforma, como la ciencia moderna, con acallar la verdad haciendo de ella un saber, con silenciar la verdad a través del control y la dominación de ésta por medio de la razón. Para el discurso analítico la verdad no se enseña, la verdad no se aprende, la verdad es dicha. La verdad aparece siempre como una falta en el saber y por lo tanto plantea la imposibilidad de un sujeto absoluto y a un saber que revele plenamente toda la verdad.

Lo terapéutico para el psicoanálisis pasa entonces por hacer posible una reducción del sufrimiento sabiendo de lo imposible de su eliminación. La cura psicoanalítica no es una curación porque hay un incurable. La angustia y el síntoma son estructurales.

“No se trata entonces de recuperar un bienestar perdido porque eso no es más que un mito. No hay adaptación, no hay armonía natural, todo arreglo con el goce es sintomático y, por ende, tiene un resto” (Rubistein, 2012)

De lo que se ocupa el psicoanálisis es de “mejorar la posición del sujeto”, pero no se trata de lo mismo que la curación. Lo terapéutico es entonces efecto de una operación sobre el goce producida por vía de la palabra. Se trata de apuntar:

“A lo que campaneaba, lo que vibraba en el centro, el nudo libidinal” (Lacan, 1962)

Lo terapéutico en psicoanálisis no se produce como consecuencia del “querer curar”, sino como efecto de un trabajo subjetivo que tiene como correlato el deseo del analista y su peculiar modo de intervención, que opera sobre la economía libidinal. En esta perspectiva puede pensarse que la acción analítica implica operar sobre los recursos del sujeto para enfrentarse a lo incurable, a lo real del trauma, a lo imposible, para encontrar entonces una solución menos sufriente.

“Lo incurable late en el seno de la cura analítica, por eso no es una terapia. Lo incurable es la pérdida de goce propia del ser hablante, un agujero en lo real, castración real, imposibilidad de escribir la relación sexual, efecto del lenguaje que empuja a la repetición en busca de la recuperación de algo del goce perdido” (Rubistein, 2012)

VII. Más allá del efecto terapéutico: el acto psicoanalítico

“Si tenemos que introducir y muy necesariamente a nivel del psicoanálisis la función del acto, es en tanto que ese hacer psicoanalítico implica profundamente al sujeto. Que a decir verdad, y gracias a esta dimensión del sujeto que renueva para nosotros completamente, lo que puede ser enunciado del sujeto como tal y que se llama el inconsciente, este sujeto en el psicoanálisis, es, como ya lo he formulado, puesto en acto.” (Lacan, 1967)

El psicoanálisis produce un efecto que implica un sujeto, un sujeto en tanto puesto en acto en la cura. Entonces, ¿Cuál es el acto del psicoanalista? ¿Es la transferencia o es la interpretación?

Lo que se trata en la cura analítica es lo que puede ser enunciado del sujeto como tal, esto es, el inconsciente, este sujeto es puesto en acto. En la dimensión del acto inmediatamente surge ese algo que implica la inscripción en alguna parte, el correlato del significante, que en verdad no falta jamás en lo que constituye un acto. Esta dimensión que Lacan establece como constitutiva de todo acto, a saber su dimensión significante.

“O más aún, este acto va a poner su sentido, precisamente esto de lo que se trata, lo que se trata de atacar, de hacer tambalear su sentido al abrigo de la torpeza, del fallido, he aquí la intervención analítica, el acto como inversión” (Lacan, 1967)

El acto psicoanalítico consiste en otorgar sentido al sin sentido, aportar significación a aquello que emerge bajo la forma de ruptura, de corte, de lapsus en el discurso. Interpretación y transferencia están implicadas en el acto por el que el analista da a ese hacer soporte y autorización. No hay acto psicoanalítico fuera de la transferencia.

Ahora bien, ¿A qué apunta la posición interpretativa? Podemos decir que la interpretación apunta a empujar, a conocer las consecuencias del inconsciente. La dimensión interpretativa funciona en la medida en que nuestra interpretación lee de otra manera una cadena que, no obstante, es ya una cadena de articulación significante. Se trata de operar sobre el saber, ese saber que en ciertos puntos, es siempre desconocido, hace falla, y son precisamente esos

puntos los que, para nosotros, cuestionan en nombre de la verdad. El psicoanalista intentará haber alcanzado este punto donde, por reducido que sea, se ha producido para él esta terminación que comporta la evocación de la verdad. De lo que se trata es de una relación del acto con la verdad.

El acto del psicoanalista deviene la causa del proceso de la cura y comporta fingir que la posición de sujeto supuesto saber es sostenible en tanto es la única condición de acceso posible a la verdad. Una verdad reducida a su función de causa de deseo.

“Si empujamos a alguien a hacer un análisis, lo obligamos a saber cuando no quiere saber, y esto no es una sugestión, es un efecto que intentamos producir realmente.” (Soler, 2004)

De lo que se trata en un análisis es de lo que Lacan llamó “el horror del acto”, esto es, de descifrar cómo para analizante, en su singularidad de ser hablante, se presenta la castración y la exigencia indomable de su goce.

Un sujeto cualquiera es siempre un sujeto nacido en el vientre del Otro del discurso y soporta lo que llamamos la alienación, los significantes del Otro, el discurso del Otro sobre él mismo, los imperativos, las prescripciones, y nosotros para curarlo de esta alineación lo invitamos a entrar en otra, en la alienación del dispositivo analítico que no es sólo cargarlo con la responsabilidad sino imponerle una regla de palabra.

El analista escucha con una perspectiva de interpretación, una perspectiva que intenta captar aquello que el sujeto mismo no sabe que dice, no sabe que significa y que tal vez no quiere significar tampoco.

Interpretar, en un sentido amplio, no consiste en ajustar determinado fenómeno clínico a un aspecto de la teoría, sino primordialmente en abrir el campo del deseo. Esto es, consiste en nombrar la verdad de lo que ha sido una posición reiterada del sujeto ante el deseo del Otro. Se trata de reconocer la participación activa del sujeto en el asunto deseante y de ponerla a trabajar. Y, ¿No es acaso ésta la responsabilidad que un sujeto tiene con su deseo?

Esto quiere decir que la interpretación, único medio de la eficacia analítica, es del orden de una intervención, de un acto. Y que el acto nos pone en regla con el deseo que nos habita.

“Hablamos de acto cuando una acción tiene el carácter de una manifestación significativa en la que se inscribe lo que podría llamar el estado del deseo” (Lacan, 1963)

De este modo diremos que el análisis produce un saldo, un saldo de saber que no es un saber cristalizado, alcanzado de una vez y para siempre, no es un saber referencial ni un saber textual, sino que es un saber en acto.

Se trata de conducir el análisis hacia el hueso de lo real, hacia un saber que se produce como saldo de un análisis, hacia ese real incurable al que siempre estamos requeridos. En el comienzo sabemos que está la operación sobre el síntoma, es decir que trabajamos inicialmente en el plano del sujeto supuesto saber para su levantamiento, con el concomitante efecto terapéutico que esto produce en el sujeto, pero la cura analítica no se contenta con ello.

“Creo que no hay ningún análisis que no produzca efecto terapéutico, porque es solo cuando hay efectos terapéuticos que se ven cambios a nivel de los síntomas por los cuales el paciente sufre. Si no hay efecto terapéutico nada indica que el “bla bla” asociativo haya tenido un efecto real cualquiera.” (Soler, 2004)

Ahora bien, sabemos que el efecto terapéutico es siempre parcial y consideramos que no hay sujeto sin síntoma. Pero, ¿Qué es lo que el psicoanálisis promete?

“Les doy la fórmula que utilizo ahora, creo que el análisis logra su verdadero objetivo ético cuando lleva a un sujeto hasta lo que llamo una identidad de separación. Esto quiere decir, una identidad que no se define por la vía de la identificación a los significantes, a los valores, a los ideales del otro del discurso.” (Soler, 2004)

¿Cuál puede ser esta identidad de separación? Evidentemente no es otra cosa que lo que se ha decantado en el análisis, la fijación de goce del sujeto, específica de cada uno. El ordenamiento que especifica cada sujeto, el ordenamiento de su fantasma, que sostiene su deseo,

y de sus satisfacciones pulsionales. Cada uno tiene un anudamiento específico entre deseo-goce-fantasma-síntoma y en el análisis se empieza con una multiplicidad de pequeños síntomas y la elaboración, lo que llamamos la elaboración del fantasma, su atravesamiento.

Se trata de un saldo que produce la experiencia analítica donde un real se atestigua y plantea la posibilidad de habitar otro modo de vivir la pulsión, distinto de la satisfacción que se juega en las identificaciones que caen bajo el impero del Ideal, de la modalidad de goce que se sostiene en la matriz fantasmática e incluso del goce que encarna el síntoma. Se trata de explorar otro orden de identificación que no esté sostenida en una atribución al Otro.

“Entonces yo hablaría del efecto terapéutico del punto de cierre. Este es el verdadero efecto terapéutico, pero no en el sentido común de terapéutico, algo va mal y se cura. Entonces este punto es el punto más difícil de alcanzar, donde está la más grande resistencia para acercarse a la castración y la exigencia pulsional.” (Soler, 2004)

Podríamos decir entonces que, frente a las terapéuticas atravesadas por la lógica capitalista, que prometen una cura en el sentido de mejoría, de ser más, de fortalecer el yo, el psicoanálisis promete el camino inverso: el atravesamiento del fantasma, la destitución subjetiva, la producción de un incurable.

“Dije que es sin tocarlo como se lanza porque en el pase durante el acto analítico, el sujeto no sabe nada del des-ser instituido en el punto del sujeto supuesto saber, justamente porque ha devenido la verdad de ese saber y, si puedo decir, una verdad que es alcanzada no sin él saber, como decía recién, es incurable. Se es esta verdad.” (Lacan, 1967)

Se trataría entonces también de un tiempo de la transferencia, donde el fundamento, el pivote de la cura, esto es, el sujeto supuesto saber, queda reducido al final del análisis al mismo "no ser allí" que es característico del inconsciente, y este descubrimiento forma parte de la misma operación verdad. Se trataría de una individualidad del deseo que se pone de manifiesto en el síntoma y que solo puede ser apropiada mediante un acto, por fuera de las marcas identificatorias tomadas del Otro.

TERCERA PARTE

VIII. El progreso, la verdad y el goce

“Ya les he hablado bastante de ello para que sepan que el goce es el tonel de las Danaides y que, una vez que se entra, no se sabe hasta dónde va. Se empieza con las cosquillas y se acaba en la parrilla. Esto también es goce” (Lacan, 1975)

Empezaremos nuestro recorrido por distinguir al goce, de lo que puede parecerse pero que son sus contrarios, esto es, en primer término, del placer; en segundo, del deseo.

El deseo constituye también una defensa que el goce encuentra más allá de la primera defensa, “casi natural”, que es el placer. En este contexto la sexualidad, función vinculada tanto al deseo como al placer, regulada por la Ley, es también cebo ofrecido y a la vez barrera al goce.

Decimos que el principio de placer no es más que el principio de la menor tensión, de la tensión mínima que debe mantenerse para que subsista la vida. El placer constituye una barrera al goce, esto es, mantiene un límite en lo que al goce refiere. El goce es propiamente lo que va contra la vida. En “Mas allá del principio de placer” Freud señala una función, la función de la repetición. La repetición se funda en un retorno del goce, se trata de una articulación entre el instinto de muerte y la repetición.

“¿Qué se nos dice del placer? — que es la menor excitación, lo que hace desaparecer la tensión, lo que más la atempera, es decir, lo que nos detiene necesariamente en un punto de lejanía, a muy respetuosa distancia del goce. Pues lo que yo llamo goce en el sentido en que el cuerpo se experimenta, siempre es del orden de la tensión, del forzamiento, del gasto, incluso de la hazaña. Indiscutiblemente hay goce en el nivel en que comienza a aparecer el dolor...” (Lacan, 1966)

En su seminario 17 “El reverso del psicoanálisis” Lacan plantea que el saber es medio de goce y que éste último se articula estrechamente a la verdad. Entre el saber y la verdad hay una frontera ostensible, esto es, el saber opera como límite a la verdad, acallándola, amordazándola. La verdad reprimida retorna como saber y dado que este retorno la altera, la desfigura, la vela, el

analista interroga todo saber en cuanto a su verdad. Así, diremos que el psicoanálisis propone una lectura ambiciosa: lograr un saber sobre la verdad.

“A partir de aquí comienza el trabajo. Con el saber en tanto medio del goce se produce el trabajo que tiene un sentido, un sentido oscuro. Este sentido oscuro es el de la verdad”. (Lacan, 1975)

La verdad del lenguaje, es decir del inconsciente, siempre aparece en la palabra verdadera, ya sea mediante un lapsus, un acto, incluso en el síntoma, lo que se goza es una verdad.

En cuanto a la verdad, ésta comporta con el goce una relación estrecha al punto que uno de los capítulos del seminario 17 de Lacan se titula “verdad, hermana del goce”. Esta verdad, ¿Es la imposibilidad del sujeto de inscribir la relación sexual? Esto es ¿La no complementariedad de los goces?

“La cuestión con ese goce es el de la relación sexual, o más bien, la no relación entre los dos goces” (Soler, 2008)

Que el cifrado del goce desemboque en la imposibilidad de inscribir la relación sexual, que el objeto permanezca inconmensurable al saber ¿implica que el psicoanálisis no hace sino “redoblar” la maldición sobre el sexo que se experimenta desde siempre?

La teoría de la cura psicoanalítica está fundada desde un principio en la posibilidad de habilitar el camino de la palabra a este goce sexual, encapsulado y secuestrado, no disponible para el sujeto. Y este es un camino que se inicia a través del saber para acabar en una aproximación a la verdad.

“El sujeto en análisis, más allá del vacío de su decir, llama a la verdad.” (Rabinovich, 1986)

El goce se articula a lo que Freud llamó el ombligo del sueño, la roca viva de la castración. Todas ellas pueden comprenderse como eflorescencias, como aquello que está más allá de las posibilidades del decir: S (A). Faltan las palabras para simbolizar esto que por las palabras mismas llega a producirse como lo imposible, lo real, el goce.

“La idea central que quiero destacar en este momento es que la cadena significante no tiene medida común y no tiene posibilidad de significar el goce al que aspira, que el significante es inconmensurable con el goce y que la falta de tal medida común es lo que define al goce como una suerte de sustancia que corre por debajo, algo que constantemente se produce y a la vez se escapa pues el discurso lo tacha como imposible, indecible.” (Braunstein, 2006)

Así, consideramos en este punto que el progreso en un análisis implica una pérdida de goce por parte del sujeto en transferencia. La función del analista dijimos que es la de insatisfacer el fantasma dado que esto tendrá como correlato la revelación del punto de satisfacción que está en juego. Se trata de manifestar de alguna manera la presencia de una positividad que no es la positividad del significante sino más bien, la positividad del goce. El psicoanálisis promete al sujeto negativizar algo del goce que está en causa en un recorrido que va del sujeto supuesto saber de la transferencia hacia el atravesamiento del fantasma para llegar a la producción de un incurable en el final.

Creemos que es en relación al goce que el psicoanálisis tiene mucho para hacer dado que se trata de un progreso que opera sobre el fantasma en transferencia para lograr una transformación que concierne a la posición del sujeto respecto del goce. La cura analítica tiene por objeto hacer surgir la relación del sujeto con la verdad escamoteada en su síntoma, con este goce que está en la causa.

No obstante, la cura analítica comporta un límite, un límite que es propio de la estructura del sujeto, y que se articula a lo que Freud llama la roca viva de la castración, o lo que Lacan refiere como lo incurable. Se trata de un límite al que el análisis tiende a aproximarse sin nunca alcanzar.

Se trata del goce en tanto que es lo real, lo imposible, aquello que se busca por los creadores caminos de la repetición y que no cesa de no escribirse. Un goce que se articula a una verdad, o mejor dicho, de lo que se trata es una verdad sobre la posición respecto del goce. Sin desconocer sus límites, la cura analítica no se contenta con remover los síntomas, el psicoanálisis tiene aun más por hacer e irá detrás del nudo fantasmático, de esa letra muda, una letra que condensa un goce que está en la causa, una verdad que el analista no puede desoír.

“El psicoanálisis nos enseña que todo saber ingenuo está asociado a un encubrimiento del goce que en él se realiza, y plantea la cuestión de los límites de la potencia que en él se delata, o sea que nos enseña el trazado impuesto al goce”(Lacan, 1972)

En su seminario 19, Lacan sostiene que la verdad no puede más que semidecirse y que éste es el núcleo, lo esencial del saber del analista, y es porque en el lugar de la verdad, se encuentra el saber, y por ello es un saber que él mismo debe ponerse siempre en tela de juicio. Ese saber resulta del tropiezo, de la acción fallida, del sueño, del trabajo del analizante y este saber no es supuesto, es saber. Saber caduco, sobras de saber, esto es el inconsciente y sus efectos de sujeto.

“¿Es, pues, como lo sugiere la lengua, una triste verdad?, la verdad no es triste, es horrorosa, inhumana, y el horror no deprime, en todo caso despierta. Así, se concibe que un análisis, que lejos de resolver la castración, la reproduce” (Soler, 2008)

Tomamos para pensar la cuestión del fantasma, el goce, la verdad e incluso el límite en la cura analítica un recorte de un relato clínico de Analía B. Meghdessian:

Se trata de un joven de 23 años que solicita una consulta porque hace tiempo se ve atormentado por un síntoma: no puede eyacular. Trabaja en una empresa, estudia abogacía y tiene una novia con quien quiere casarse. Durante el transcurso de unas sesiones, con marcados signos de angustia y a modo de confesión, relata algunos episodios de su vida sexual que “nunca había confiado a nadie”.

Tuvo su primera relación sexual con una prostituta, y ante la intimidación y el apremio al que era sometido no pudo eyacular...”Era una mandona, no le importaba nada más que cobrar”. Cabe destacar dos cuestiones que entran en serie aquí: cuando falta dinero, la madre acude imperativamente a él y en segundo lugar, el hecho de que el paciente se quejaba constantemente de los aumentos de honorarios y de lo que podía llegar a ganar siendo analista.

A medida que avanza el análisis dos vías se perfilan: la imposibilidad de eyacular, es decir, la vía del síntoma y el lugar que ocupa para su madre, esto es, su posición en el fantasma. Preocupado por lo que sucede cuando está a solas con su novia, dice angustiado en una sesión:

“¿Qué será...no entiendo, estaba excitadísimo. *Yo no quiero eyacular*”. Inmediatamente y con visible conmoción agrega: “Uh, pero qué dije, es todo lo contrario, juro que es lo contrario”.

Remarcamos esta frase para pensar cómo el fallido del analizante produce una verdad que no se puede desoír. Cómo detrás de una letra, de una enunciación, se encubre la verdad sobre su posición en el fantasma, esto es, su posición respecto del goce.

Cabe destacar también, que el analizante había hecho mención en reiteradas oportunidades a que si se curaba de su síntoma no encontraba razones para continuar el análisis. ¿Entonces, esto es progresar en un análisis? Este es el punto donde creemos que el psicoanálisis no se conforma y tiene mucho por decir dado que la remisión del síntoma no implica su correspondiente elaboración y el trabajo que la misma conlleva a nivel del fantasma.

Retomando el recorte clínico, un día el analizante llegó a sesión anunciando su eyaculación: “Después de ocho años y medio pude eyacular” Habla de esto y agrega: “Bueno dentro de poco voy a dejar de venir. El alta está cerca.”

El analizante interrumpe entonces su análisis. Pero, ¿Qué es lo que queda interrumpido?

El síntoma había sido removido, lo cual marcó una gran conmoción en el analizante. No obstante, para la cura analítica esto no es suficiente, falta la elaboración correspondiente del síntoma, algo quedó aun sin ser leído. Se trata de aquello que fue armando la sintaxis de su síntoma “no poder eyacular” en la que la verdad toma su sitio, una verdad que se esconde y escabulle en el fantasma detrás de ese “hacerse ser” el objeto de goce, en este caso, de la madre. Como dice Lacan en su seminario 5, “Si se es el falo, no se tiene pene”. Se trata de una letra muda que condensa un goce y que, al no ser leída en su significación, retorna desde lo real, para hacerse escuchar, en la interrupción del análisis. Esto puede leerse retomando el aforismo que introduce Lacan a la altura del seminario 11 respecto de la transferencia, esto es, como puesta en acto de la realidad del inconsciente, realidad que es sexual: se trata de la transferencia como un encuentro del orden de lo real del sexo. Se trata de la transferencia en los términos de la pulsión. Lo que aquí queda interrumpido es aquel trabajo sobre lo real del fantasma.

“El inconsciente no cesa de articular la falta, las imágenes cautivantes y las letras en las que se fija el goce. Desde allí hace aparecer que hay un resto y que el goce nunca se dice todo. Pero esto no es una objeción al análisis, puesto que lo que se puede estudiar, en cambio, son las consecuencias subjetivas, aquellas que llamé los mandamientos del encuentro con un goce que produce la abolición del sujeto, que lo sobrepasa dejándolo entre "una pura ausencia y una pura sensibilidad", y que no puede ser "re-suscitado" sin ser significantizado.” (Soler, 2008)

Con esta frase intentamos poner de relieve que la cura analítica no se contenta con la remoción de los síntomas, el alivianamiento del sufrimiento y el efecto terapéutico que se articula a la función de sujeto supuesto al saber, sino que lleva al analizante por el camino inverso. El sufrimiento, más precisamente la angustia, constituye un afecto que no engaña, esto es, una señal de que el sujeto se acerca a lo real, a aquello que se esconde detrás del síntoma, a aquella verdad que está en la causa, y por lo tanto la angustia en la cura analítica podría pensarse como una señal, de progreso, agregaríamos nosotras. ¿Será entonces este camino que el psicoanálisis promete lo que genera tanta resistencia? ¿Será por ello que no todos los sujetos son “analizables” desde el psicoanálisis? ¿Será este uno de los límites con el que se topa el psicoanálisis, es decir, los límites que plantea la propia estructura de cada sujeto?

Sabemos que para que un síntoma se vuelva analizable es necesario que esté perdiendo goce lo que significa que en la cura analítica se opera sobre y a través del goce. Quizá no todos los sujetos quieran o bien puedan conocer su posición respecto del goce, esto es, su responsabilidad en la elección de su neurosis de la cual la angustia ha devenido señal. Angustia entendida como señal, señal de un peligro venido de otro lugar.

IX. El progreso y la angustia en la cura analítica

La angustia, ¿qué es? Siguiendo a Freud, podemos decir que la angustia no es una emoción sino un afecto y el afecto tiene una estrecha relación de estructura con lo que es un sujeto. El afecto no está reprimido, está derrumbado, va a la deriva, lo que está reprimido son los significantes que lo amarran. En términos freudianos, toda angustia es, en última instancia, angustia de castración. A esto, Lacan agrega que la noción de amenaza de castración oculta algo mucho más fundamental: lo que podría llamarse un “deseo” de castración. De este modo, la amenaza de castración que aterra al yo no es sino una especie de deformación superyoica de un “deseo” de castración que sostiene al sujeto, la suposición de que su castración podría ser una condición para el goce del Otro.

“Aquello ante lo que el neurótico reclusa no es la castración, sino que hace de su castración lo que le falta al Otro... Consagrar su castración a la garantía del Otro. Ante esto se detiene el neurótico” (Gerber, 2008)

La angustia, en la medida que no engaña, la podríamos pensar como la vía regia de acceso a lo real. Lacan, retoma en relación a la angustia, su función, es decir, la angustia como señal, como señal de que falta la falta, de que la falta desfallece.

“El falo deviene así, a nivel genital, el órgano de la falta, de una falta que es propiamente simbólica. Sin embargo, lo esencial para situar la raíz de la angustia es que, en su relación con el goce, el sujeto no puede representarse. La cuestión que se le plantea entonces es saber lo que él es en esta relación” (Gerber, 2008)

“¿Qué me quiere él?” Es la pregunta que está en el fondo de la angustia, porque se puede decir que soy algo para el Otro, pero de ese algo no tengo radicalmente ninguna representación. La angustia alude entonces al hecho de que no sé qué objeto *a* soy para el Otro. Lacan dirá entonces que la angustia no es sin objeto, pero este objeto no es sino *a*, causa del deseo.

La lectura del Seminario 10 sobre La angustia nos va a permitir abordar el tema de lo real y su particular objeto: el objeto a . Lacan plantea que hay angustia cuando falta la falta, pero es necesario entender esto también desde la perspectiva del registro imaginario, sin desconocer los momentos de articulación de la relación especular con el gran Otro, ya que justamente el vínculo inaugural con el gran Otro está dado por el advenimiento de la imagen especular $i(a)$ y su autenticación a nivel del $i'(a)$. Pero el investimento libidinal de la imagen especular tomará su importancia por el hecho mismo de que de esa captura quedará un resto. Aquello que está cortado de la imagen especular, que no está representado en lo imaginario es justamente el falo, por eso diremos que en la localización imaginaria, el falo llegará bajo la forma de una falta, de un $-f$, falta que no debe faltar. Este resto que no puede ser capturado narcisísticamente, esta fractura que se produce, será la reserva operatoria que servirá de sostén a la articulación significante y que en el plano simbólico conocemos desde Freud como la castración, que en esta nueva lectura lo que representa es la pérdida de goce.

La teoría de Lacan nos permite traspasar el concepto de Freud de angustia como señal ante un peligro, resituándolo en una dimensión estructural que nos llevaría a pensar la angustia como manifestación específica en el nivel del deseo del Otro, porque si la angustia es señal de algo, es una señal, en principio, para el sujeto, y dado que se trata de un deseo, este deseo es justamente el deseo del Otro, en tanto lo pone totalmente en cuestión. La angustia emerge cuando, en relación a cierta confrontación crítica del sujeto con el deseo del Otro, su propia imagen se desmorona.

Entonces, ¿qué es el a ? Esencialmente: nada, es hueco, vacío. En otras palabras, cualquier objeto puede ocupar su lugar, porque básicamente a es una función. Si a es función causa de deseo, esto no quiere decir que el deseo se sostenga del objeto. El a es hiancia, vacío, y es por eso que no puede faltar. El deseo del sujeto se va a sostener entonces del fantasma que va a construir, en cuya fórmula podemos pensar al sujeto en una muy compleja relación con a .

La angustia, desde esta perspectiva es algo estructural y se hace necesario pensarla a la luz de la constitución subjetiva en el lugar del Otro, marcando el vínculo radical del sujeto con el objeto, objeto ya demarcado como objeto a , dando un especial relieve al registro de lo real en su carácter de imposible, allí donde nada falta, pero que es a su vez necesario para articular lo

simbólico y lo imaginario. Porque la falta no debe faltar, su estatuto es el de ser causa, aunque esto mismo condene al deseo.

“Entonces la angustia no surge de una falta, surge cuando falta la falta, cuando el sujeto confronta la “mancha negra” del Otro y ya no se ve ahí, no hay significante que lo represente: lo que falta en el Otro es él mismo faltando” (Gerber, 2008)

Con esta cita intentamos poner de relieve que angustia no está correlacionada con una pérdida o con la amenaza de una pérdida, sino al contrario, con una presencia inminente en la cual la dimensión de la falta no llega a instituirse.

En la angustia el lugar del sujeto en el Otro ya no está vacante como ocurre habitualmente por efecto de la castración. Ahora el sujeto ya no está representado por algo que causa falta, que se ausenta, por el significante falo. Su lugar aparece en cambio, súbitamente ocupado por un objeto que viene a colmar la falta y en este momento el sujeto ya no puede escapar al designio del Otro.

Nos proponemos pensar la cuestión de la angustia tal como la plantea Lacan, esto es, como señal de que falta la falta y por ende como señal de progreso en la cura analítica dado que constituye la vía regia a lo real que está en la causa.

“El neurótico no dará su angustia... Toda la cadena del análisis consiste en lo siguiente- que de al menos su equivalente, porque empieza dando un poco de su síntoma. Por esta razón un análisis, como decía Freud, empieza por una puesta en forma de los síntomas” (Lacan, 1963)

En su seminario 10, Lacan circunscribe la angustia a tres puntos de referencia: la demanda del Otro, el goce del Otro y el deseo del Otro. Tomaremos aquí el deseo del Otro en la medida en que es el deseo que corresponde al analista en cuanto interviene en la experiencia. La angustia, es una angustia que nos responde, que nos señala, una angustia que provocamos, una angustia con la que, llegado el caso, tenemos una relación determinante como analistas.

“Si hay una dimensión en la que tenemos que buscar la verdadera función, el verdadero peso, el sentido de la subsistencia de la función de la causa, es en la dimensión de la apertura de la angustia” (Lacan, 1963)

Si entendemos que el deseo del analista es una función que se circunscribe al deseo del Otro como un punto de referencia de la angustia, diremos que el analista en la cura opera desde un lugar muy particular que intentará hacer surgir algo de la angustia en el analizante, dado que orientará sus intervenciones por el camino de la causa, esto es, aquello que se encuentra detrás, velado y de la cual la angustia se ha vuelto señal. Es por dicho motivo que entendemos a la angustia como señal de progreso, en la medida que motoriza el análisis en dirección a lo que está en la causa. En los límites del saber se trata de sustituir un saber de los límites donde el objeto *a* figura como causa.

Retomando el recorte clínico de Analía Meghdessian, planteamos la interrupción del análisis como un movimiento subjetivo colindante con la angustia, o más bien como un modo de presentación de la angustia. Se trata de un pasaje al acto por parte del analizante en transferencia y por ende, de una señal de acercamiento a lo real. El pasaje al acto está, del lado de la transferencia, como puesta en acto. Se trata de la transferencia como un encuentro del orden de lo real del sexo, se trata de lo real del fantasma, de ese objeto que está presente como puesta en acto, que aquí se muestra en la interrupción del análisis, y que introduce aquello que el paciente no quiere decir.

Dijimos que tras la remoción del síntoma, esto es, la imposibilidad de eyacular, el sujeto “se da el alta”, interrumpe su análisis dejando pendiente la correspondiente elaboración del mismo y el trabajo que esto requiere. Entendemos al pasaje al acto como un movimiento colindante a la angustia, cuando un sujeto es asediado, amenazado por ella. Punto extremo de la subjetividad donde se pierden las coordenadas simbólicas y el recurso de la palabra que permiten sostener la escena del mundo. Se trata de un rechazo del inconsciente, un rechazo del saber, lo que Lacan define como “pasión por la ignorancia”. Ahora bien, lo que se rechaza decir, pasa al acto. El sujeto se hace objeto, se cae de la escena, se fuga, pasa de la escena del Otro a la escena del mundo.

Si decimos que la angustia hace su aparición cuando falta la falta, cuando ésta se desfallece, en este caso puntual, si bien el síntoma ha sido removido en el análisis, lo que aun no ha sido atravesado es su posición en el fantasma, aquel objeto que el paciente se hace ser para su madre. Su subjetividad estaba comprometida con eso: él todo significando al Otro s(A). La madre, mujer no barrada para él, a quien rendía obediencia y a la que se sometía sin saber por qué. Es decir, falta la falta, emerge la angustia, pasa al acto. La angustia aquí no deviene motor de la cura sino que más bien se presenta como un límite en la misma, interrumpe el análisis. Lo que el paciente no puede decir, es aquello que causa la interrupción de su análisis y su concomitante elaboración en este punto. Si entendemos que el análisis comienza por el levantamiento del síntoma y culmina con el atravesamiento del fantasma, lo que se interrumpe en este caso es este segundo momento.

“La angustia indica entonces la falla del fantasma, que es también la del Nombre del Padre, imposibilidad de encauzar todo el goce por los carriles del significante. Esta aparición de la angustia es la causa de la producción del síntoma que viene a constituir un intento de suplencia, de reparación de la falla del Nombre del Padre” (Gerber, 2008)

Aparece aquí, un goce en el fantasma que no ha sido atravesado y para el cual el síntoma fue un intento de suplencia. La angustia señala la proximidad del goce, la aparición en lo real del objeto *a* como consecuencia de una falla en la función del fantasma.

X. El progreso, el atravesamiento del fantasma y la negativización del goce

El fantasma es una ficción constituyente que regula y otorga unidad a la relación del sujeto con el mundo, a todas sus conductas y también a sus síntomas. Decimos que el fantasma, en su lógica, ofrece una solución escritural, una marcación estable, a ese real chirriante y desestabilizador que engendra la falla del universo, la imposibilidad del lenguaje de cerrar tal universo, que inexorablemente presenta una falla insanable. Se trata de una hiancia, una grieta, un agujero. Esta hiancia es estabilizada, ceñida por la letra escrita en el fantasma. Al ceñirla, estabiliza para el sujeto que se barra ante esa escritura de la falta de objeto, la relación con la falta. La bordea de letra y, por así decirlo, la “domestica” un tanto, la hace tratable, vivible para el deseo. La letra del fantasma devendrá comando, y solo si pudo escribirse, de las formaciones del inconsciente.

En un análisis va a leerse esa letra, esto es, aquello que está escrito, para reescribirlo luego. Reescribir implica encontrar el borde de la letra, esto es, aflorar la frontera donde se coloca el objeto. El fantasma es eso. Es el hueco taponado con un objeto representado. Cuando uno reescribe el fantasma, recorre el borde de la letra, para tener acceso luego al paisaje real. Se trata de un movimiento que desobstruye el tapón privilegiado que cada quien coloca sobre los bordes del agujero. Sin ese “espacio libre” dejado por dicha desobstrucción, que se ha dado en llamar “atravesamiento”, no habría posibilidad del analizante de acoger, libre de sus objetos de fijación, al objeto que ocupa su fantasma. Se trata de conocerlo y saber qué hacer allí.

Entonces, ¿en qué consiste lo que en psicoanálisis se denomina “atravesamiento del fantasma”?

Si la función del fantasma consiste en la operación misma de la búsqueda de sentido, su atravesamiento conduce a saber que en el Otro, yo soy objeto, se trata de una destitución, que supone un desapego, una separación respecto del Otro, para la cual el deseo del analista cumple su función. Sólo que, este atravesamiento es también, un develamiento de la castración por sustracción, desprendimiento en todo caso, del objeto que hacía de tapón. Si el fantasma es aquello que permite lidiar con lo real, su atravesamiento permite ganar la capacidad de vérselas con la pulsión sin la envoltura fantasmática. Decimos que hay atravesamiento del fantasma

cuando el sujeto ya no cree en su ficción y esto produce efectos tanto en las relaciones del sujeto con el Otro como en los fundamentos del propio ser. Esta es la operación que particulariza a la cura analítica y que atañe a un real que el fantasma intenta ceñir, del cual la angustia se ha vuelto señal, en un intento de negativizar el goce que está en la causa.

“La finalidad significativa invita a darles alcance de sentido o de interpretación a las formaciones del inconsciente. Supone que, por debajo, hay una verdad que trata de hacerse escuchar, de manifestarse” (Miller, 2013)

La función del analista en la cura es la de empujar a la revelación, al saber del destino que me establece el inconsciente y, siendo que éste saber inconsciente no es amable, el analista compromete al analizante en un proceso que lo empuja hacia su propio horror, hacia un franqueamiento. Nos preguntamos, ¿será por eso que el psicoanálisis no es aplicable a todos los sujetos? ¿Qué puede motivar un acto que empuje a la revelación de un saber que produce horror? Podemos responder que es el deseo del analista. El horror al saber concierne a lo real, por él soy forzado y gozado, sin recursos y sin razones. Como analistas, no proveemos de la compañía esperada, no curamos el encuentro fallido, pero tocamos aquello que lo suplente a pesar de todo, en el análisis se lo pone a trabajar, se intenta modificar aquello que lo compensa. Jamás llegamos a producir un sujeto sin síntoma, no se suprime el síntoma, pero se trata de volverlo menos incomodo. Lo que justifica nuestra intervención es que las modalidades de goce que un síntoma implica son más o menos tolerables, y que el sujeto puede a veces encontrar vías más cortas. Lo que no conduce a la idea de una supresión sino a la de una modificación posible que haría que eso se escriba de otra manera. En otras palabras, se trata de transformar ese goce intrusivo, sintomático, que fuerza el dominio del sujeto. El análisis transforma las relaciones del hombre con el inconsciente, con el síntoma y con la verdad que se oculta detrás valiéndose del supuesto que la verdad, imposible de decir, retorna como falla en el saber.

Para el analista, el sujeto-supuesto-saber no existe, lo que cuenta para él no es sino el residuo de esta operación del saber que hace advenir al sujeto. De aquí sale la verdad, y es por la cuestión de la verdad que Lacan introduce el acto propiamente psicoanalítico. El sujeto dividido es llamado entonces a tomar el lugar del sujeto supuesto saber. En cuanto al analista, este tiene que soportar no ser más que ese resto que Lacan llama objeto *a*. El analista sabe que la caída del

sujeto-supuesto-saber se manifiesta por el surgimiento del objeto *a* en su lugar, y que el efecto es la división del sujeto.

“De ahí surge la tesis: "lo real se encuentra en los embrollos de lo verdadero". Por eso, en el análisis lo real depende de que uno se haya esforzado por decir lo verdadero, es decir, de que se haya embrollado en él. En el fondo, esta tesis es la justificación del análisis.” (Miller, 2013)

¿De qué naturaleza es esta verdad, a la vez cubierta y apuntada por el fantasma? Es la verdad que interesa a la cuestión del goce. Ella es el dominio de lo imposible. El goce no es simbólico, el goce se afirma como real por su exclusión de lo simbólico, y es este real el que intentamos desenmascarar en el síntoma. Para Lacan, la estructura del fantasma realiza como tal una defensa primera contra el goce, a la vez que apunta a él.

Se comprende entonces la importancia que da Lacan al definir lo que debe ser el deseo del analista: “obtener la diferencia absoluta”. El deseo del analista lleva al analizante a caer del lugar del ideal desde donde el sujeto se ve amable para hacerse el soporte de ese objeto *a* separador, es decir, el deseo del analista reconduce la pulsión en un intento de separar el objeto del ideal.

“El deseo del analista no es un deseo puro. Es el deseo de obtener la diferencia absoluta, la que interviene cuando el sujeto, confrontado al significante primordial, accede por primera vez a la posición de sujeción a él” (Safouan, 2009)

De lo que se trata en una cura analítica es de librarse, después de haber recorrido, las escorias heredadas del discurso del Otro.

Ahora bien, retomando la cuestión del progreso ¿por qué un sujeto elegiría embarcarse en un psicoanálisis? ¿Qué justificaría su inversión de tiempo y dinero? Bombardeados por el discurso capitalista que nos pide eficiencia y resultados, por múltiples ofertas psicoterapéuticas que responden a los ideales de felicidad y bienestar a corto plazo y con un reducido costo de esfuerzo, detenernos a pensar qué le aporta nuestro trabajo a aquellos que lo demandan, no es de poca importancia.

Decimos que la particularidad de la cura analítica, lo que la diferencia de otras terapéuticas propias de la actualidad, es que promete al sujeto que padece un intento de negativizar algo del goce que está en la causa. Debemos entonces situar qué es lo que entendemos como goce del fantasma, aquello que se anuda en el fantasma como sentido y como modalidad de goce, pero también cuál es su relación con aquel otro goce que habita a cada uno y que no queda subsumido bajo la articulación fantasmática. Dijimos que, a nivel del fantasma, encontramos el modo en el que cada uno se inventa un Otro que goza identificándose de alguna manera a ser el objeto del cual ese Otro goza, y con eso obtiene a su vez un goce que le es propio.

Decimos esto porque el fantasma, finalmente, puede ser reducido a una fórmula gramatical, puede ser nombrado con los significantes que existen en el campo del Otro pero hay un goce en más que escapa al sentido. En el análisis uno hace la experiencia de que, finalmente, ese sentido no es más que una ficción, pero hay una parte del goce que habita al ser vivo que no llegamos a nombrarla jamás, es decir, no llegamos a reducirla con lo imaginario y lo simbólico que se articulan en el fantasma.

Lo que intentamos pensar es cómo la experiencia del análisis puede permitirle a un sujeto arreglárselas de otra manera tanto con el goce del fantasma como con el goce del síntoma, porque no podríamos decir que se vive sin fantasma después del análisis, ni que se vive sin goce, ni que se vive sin síntoma, sino que más bien hay una relación distinta, que habrá que ver en cada caso cuál es, con el fantasma, con el goce y con el síntoma. El saber buscado por el psicoanálisis sería aquel que llevaría hacia la verdad del sujeto, inscripta como *a*, como causa del deseo. Es decir, intentar posicionarnos de otra manera respecto del deseo y la castración.

Se puede situar cómo en el final se trata de encontrar un arreglo, una invención por el lado inverso al del padecimiento. No se trata de un "me acostumbré a eso y convivo" sino de una operación por el reverso, una operación por la cual se separa del sentido anudado al fantasma y se trata el goce mortífero del síntoma.

“¿Hasta qué punto el sentido es susceptible de introducirse en el goce? Es decir, ¿hasta qué punto el desciframiento del sentido es susceptible de modificar el modo de goce? ... Es como instalar un sentido en lo real” (Miller, 2008)

Se trata de un cambio que sufre el sujeto, es decir los efectos subjetivos, pero reconociendo siempre que algo escapa a esta operatoria del significante. En el inicio nos encontramos con un sujeto sufriente, dividido en su síntoma, alienado en los significantes del Otro, y nos encontramos en el final, paradójicamente, también con un sujeto dividido, que al decir de Colette Soler, produce una mutación que si bien no hace desaparecer la división, la trata sin reducirla. El sujeto se encontrará seguramente aliviado de sus síntomas, ya que se producen efectos terapéuticos, los síntomas se reducen, se transforman, hay alivio del padecer, el sujeto deja de dar consistencia al Otro, esto es, se enfrenta con la castración, y logra cambiar su posición respecto de ella. Si entendemos esto como una dialéctica de alienación-separación, ¿se trataría al final de producir un sujeto con un mayor grado de libertad?

Para pensar la cuestión del progreso y el atravesamiento del fantasma en la cura analítica, con su concomitante pérdida de goce, elegimos un caso de Fabián Schejtman que lleva el título “¿Cobrar?: Síntoma, fantasía y transferencia”.

Se trata de una mujer, de aproximadamente 24 años de edad que llega a su primera entrevista con una lista, una lista de síntomas: taquicardias, mareos, dolores de cabeza, dificultades en la respiración, sudoración excesiva, sensación de desmayo, entre otros. Ligados a estos síntomas físicos, padece de un temor persistente: miedo a morir, teme que su “corazón no resista”. Casi todos esos síntomas son reconducidos a escenas primitivas estructuradas todas de idéntico modo, sostenidas por una identificación, con alguna mujer golpeada por un hombre: se trata de una posición masoquista a nivel del fantasma, que no deja de entereverse en sus síntomas. Digamos que estas escenas dan cuenta de una posición subjetiva de las que ella toma el material que da soporte a sus síntomas. Dichas escenas no son abordadas “exteriormente” en el tratamiento sino que toman la situación analítica misma, vale decir, lo que el psicoanálisis encuentra en lo que denomina transferencia. La sujeto, en determinado momento del análisis, comenta que su analista la trata de un modo muy distinto que al resto de los pacientes y, sobre todo, a una paciente en particular. Finalmente, culmina afirmando que si su analista atendía mejor a esa paciente era, seguramente, porque aquella mujer debía *cobrar* más que ella. Se entiende que la joven había querido señalar que esta paciente *pagaba* más pero, en lugar de eso, puede escucharse decir: “ella *cobra* más”, lo que revela su posición fantasmática y particularmente masoquista. Queda claro, entonces, que es a partir de su puesta en juego en el nivel mismo de la transferencia analítica que llega a relatar una escena donde la prima muere a

golpes, pero también otras varias escenas y fantasías que no reproducimos aquí pero que comportan la misma estructura: una mujer golpeada por un hombre, que sirve de base para su identificación y la formación de síntomas. Síntomas que, entregados por la paciente prolijamente enlistados en la primera entrevista, y sin profundizar demasiado en ellos, finalmente terminan por ceder en una ruta que conduce al “atravesamiento del fantasma”. Aparece entonces que es por otra vía, que no es la del síntoma, por la que accedemos en una cura analítica al atravesamiento del fantasma. De lo que se trata es de la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, tal como se juega en la situación transferencial y que pone de relieve una posición subjetiva muy particular. Así, el recuerdo de esas escenas, hicieron lugar, poco a poco, al recorte de la relación de la sujeto con el objeto, particularmente uno en especial, presente siempre más o menos veladamente en ellas, y que el discurso analizante no dejaba de contornear: la voz. Recorte, en última instancia, de una satisfacción centrada en la relación con el objeto invocante, que se verificó en el análisis como la “columna vertebral” de sus síntomas.

Con este recorte clínico intentamos poner de relieve la cuestión del goce anudado en el fantasma y su concomitante atravesamiento en la cura analítica. Sobre el agujero, esto es, sobre lo real, el fantasma podrá extender los velos que intenten subsanar en alguna medida el potencial horror de esa grieta. De entre los objetos de la pulsión habrá uno en especial cuya representación imaginaria operará privilegiadamente esa función de tapón. En este caso puntualmente, la voz, el objeto invocante.

De lo que se trata en la cura analítica es de situarlo, situar en aquellas escenas que se anudan retroactivamente, la posición en el fantasma para operar allí. Es decir que atravesar el fantasma es reescribirlo, es poder utilizarlo de otra manera. Sería, como dijimos antes, conocerlo y saber hacer allí. Se trata de pensar cómo el fantasma suelda o congela una significación al identificarse como objeto de goce, esto es, la letra del fantasma devendrá comando pero con el fin de reescribir la escritura de esa letra. Lo que se espera en un análisis es que hacia su fin, el fantasma se desobstruya, dejando al sujeto de este final con la posibilidad de acoger, libre de sus objetos de fijación, al objeto que ocupa el fantasma. Hacia ese fin se moviliza y desobstruye el tapón privilegiado que cada quien coloca tensando sobre los bordes del agujero. Se trata de un “espacio libre” dejado por esa desobstrucción, lo que se ha de llamar atravesamiento.

Cuando vacila, cuando trastabilla el fantasma es que puede introducirse una pregunta ante el enigma, no sin angustia, por el deseo. Es en la posibilidad de influir, sobre el régimen de goce de un sujeto por la vía del acto analítico, donde radica la posibilidad de un cambio, donde la tarea del analista no es la de traductor sino la de transcriptor. El trabajo analítico tiende al desmontaje, al atravesamiento y al análisis de la presencia fantasmática velada.

Este caso nos permite pensar su contrapunto con el recorte clínico expuesto en páginas anteriores donde trabajamos la cuestión de la angustia. En ambos casos podemos percibir un levantamiento del síntoma, pero el camino recorrido por la cura es muy diferente. En el primer caso queda claro que de lo que se trata es de operar en el nivel del síntoma para producir los efectos terapéuticos propios de su remoción. Consistió entonces en un sujeto que tras remover el síntoma interrumpe su análisis. Pero lo que queda realmente interrumpido es la posibilidad de un atravesamiento de su fantasma. Ahora bien, en el segundo caso también hay un levantamiento del síntoma, esto es, el listado de síntomas que la paciente trae en la primera entrevista desaparece con el correr del análisis. No obstante, en este segundo caso y a diferencia del primero, la paciente logra la elaboración correspondiente del síntoma, es decir, rescribir la letra del fantasma y modificar su posición en él. Nos preguntamos entonces, ¿Qué lleva al sujeto a avanzar por la vía del atravesamiento del fantasma y no conformarse con el mero efecto terapéutico que provoca la remoción de los síntomas? ¿Tendrá que ver con cuestiones propias de la estructura de cada sujeto?

XI. El progreso, el fin de análisis y lo incurable

Intentaremos evocar tres de las formulaciones que Lacan plantea del fin de análisis. Son definiciones del fin correlacionadas con las etapas de la elaboración estructural. Primero tomaremos la definición de “Función y campo de la palabra y el lenguaje”, luego la definición que uno encuentra al final de “La dirección de la cura” que está ligada al significante falo, y finalmente la definición que se encuentra en el texto sobre el informe de Daniel Lagache, que ya es otra, y que anuncia las elaboraciones ulteriores, y en particular las de la Proposición del 67.

En cuanto a la primera definición que tomaremos, aquella que se encuentra en “Función y campo de la palabra y el lenguaje”, la cuestión de la terminación del análisis es la del momento en que la satisfacción del sujeto encuentra cómo realizarse en la satisfacción de cada uno. Esta definición está sostenida completamente por una elaboración de la estructura de la palabra. Es un fin del análisis donde la apuesta es el reconocimiento del deseo en lo que se juega de intersubjetividad en la palabra.

“Es el Otro quién está entonces en la posición de ser amo de la verdad, como dijo Lacan en un momento, en la medida en que sanciona, en el sentido doble y fuerte de esta palabra, lo que uno dice”. (Soler, 1988)

La idea entonces de un fin de análisis que funcione como reconocimiento del deseo, subraya que aquello que del deseo se da a escuchar va a ser ratificado de alguna manera, recibido, en la circularidad intersubjetiva y por este hecho, reconocido.

El otro momento en el que Lacan evoca un fin de la cura es el que se encuentra al final de “La dirección de la cura”, donde podría decirse que ha abandonado por completo la idea del reconocimiento del deseo. Eso culmina en una tesis completamente inversa, la incompatibilidad del deseo y la palabra. A esto corresponde el fin del análisis que evoca la *spaltung* del sujeto, término que Freud utiliza y que uno traduce en francés por división. Lacan dirá entonces, que Freud nos da en la *spaltung* del sujeto la solución del análisis infinito. Allí donde Freud veía un tope, Lacan dice: solución.

¿Por qué Lacan puede decir que es una solución aquello que remite a la cruz del sujeto, a saber, la castración? Lo que le permite decir que es una solución es que se trata de un imposible, el de levantar la división del sujeto.

“Ve allí una solución porque eso confirma ser un tope que no es particular, que no es individual, que es ciertamente un límite, pero para todo sujeto”. (Soler, 1988)

Finalmente tenemos aquella definición que se encuentra en la “Observación sobre el informe de D. Lagache” donde ya Lacan nos habla de un fin por destitución subjetiva. Lacan dice: “cuando ve figurar en el fantasma aquello delante de lo cual el sujeto se ve abolirse” (Lacan, 1961). Será esta definición la que intentaremos desarrollar con mayor profundidad.

Ahora bien, en todos los casos, para Lacan, el fin del análisis consiste en responder a una pregunta por el ser, en encontrar la respuesta al ¿qué soy yo? En los tres casos está presente un fin sobre el “tú eres”. En el primer caso es un “tú eres” que se apoya en una entronización de la palabra. En el segundo caso es un “tú eres” particular, quizás más bien un “tú no eres”, “tú no eres el falo”, es la imposibilidad de ser identificado al falo. Y en el tercer caso es un “tú eres objeto”. Cada vez que Lacan intenta definir, dar una fórmula del fin, es una fórmula del punto de consecuencia. Es decir, un punto de consecuencia implicado por la estructura de la palabra, un punto de consecuencia implicado por las leyes de sustitución significante, y un punto de consecuencia implicado por la naturaleza del objeto del deseo. Se trata entonces, de ir hasta las consecuencias de la estructura.

Retomando la tercera definición que aporta Lacan para el fin del análisis, intentaremos pensarla en relación a la noción de progreso que venimos desarrollando hasta ahora, pero circunscripta a este último modo de pensar el fin de la cura, donde de lo que se trata es de producir un incurable. En este sentido, progresar en una cura analítica sería avanzar hacia la producción de un incurable.

“La estructura así abreviada les permite hacerse una idea de lo que ocurre al término de la relación de la transferencia, o sea: habiéndose resuelto el deseo que sostuvo en su operación el psicoanalizante, éste ya no tiene ganas de aceptar su opción, es decir, el resto que como determinante de su división lo hace caer de su fantasma y lo destituye como sujeto” (Lacan, 1967)

A nuestro sujeto destituido Lacan lo llamo lo incurable. Lo incurable no es para nada lo mismo que lo inanalizable. Lo incurable es el producto al final, es totalmente lo opuesto. ¿Qué

es lo incurable al final? Uno puede decir que es la división misma del sujeto, pero ésta siempre fue incurable. La neurosis es una manera de tratarla, pero que lleva al sujeto a un tratamiento. Lo que hace verdaderamente lo incurable es un saber, es decir, es el hecho de que sale instruido acerca de ese algo que no es más que su división. Esta instruido, al final, sobre la inanidad del sujeto supuesto al saber, instruido de que dicho sujeto supuesto al saber es inaccesible.

De lo que se trata es de destituirse como sujeto, equivaliéndose al objeto, esto es, sabiéndose un desperdicio para concluir la indeterminación neurótica que provocaba la pregunta por el ser. Es fundamental entender que ese “saberse objeto” no quiere decir saber qué objeto se es. La traducción clínica de la caída del sujeto supuesto saber, del encuentro con la barradura del Otro, es la verificación de un agujero en el saber. Esta apertura a lo real conlleva que el sujeto ya no retrocede frente a la angustia que antes era de castración, ya que ha dejado de creer en el Otro como agente de la misma, ésta ya esta consumada. O como plantea Lacan en su seminario 17: “Dios está muerto desde siempre”. La destitución subjetiva es un efecto de ser, no de falta en ser. Es un efecto de ser pero que ya no es sutura, porque el recurso al Otro de la neurosis es una forma de tapón. Dicho de otro modo, describe el fin de una vacilación, el fin de la vacilación neurótica sobre el Otro. Mientras que la indeterminación es solidaria de la falta en ser, la destitución produce un efecto de ser. El sujeto destituido es un sujeto que conciente a la determinación, que se hace objeto, y por esta vía logra un ser. En el acto, el sujeto se desprende de los efectos del significante para ser.

En la literatura psicoanalítica tenemos una clínica de entrada en análisis, que es esencialmente una clínica del síntoma y de su captura en la transferencia. Pero es notable que no tengamos una clínica desarrollada de la salida del análisis, esto es, la presentación de casos de sujetos “terminados”. Decimos que un análisis lleva por la vía del síntoma al encuentro de la singularidad, de la diferencia absoluta que permite obtener una identidad de separación a través de la identificación al síntoma y así poder prescindir de la identidad por la vía del reconocimiento del Otro. Se trata de una caída de la religión del Otro, la caída del sujeto supuesto al saber no es más que esto, es una destitución del Otro, del Otro que se supone goza o sabe. Dicho de otro modo, se trata de que la neurosis ceda en algo, que ceda sobre su religión, y ¿Qué es lo que esta religión implica? Implica una querella al Otro.

Pero, ¿Llega uno a curar la religión que es una neurosis? Podríamos decir que la religión neurótica se resuelve dejándole al sujeto la carga de su división y su castración. El psicoanálisis es una vía de la realización del sujeto como sujeto dividido. No es que al final el sujeto sepa que está dividido. No se trata del sujeto del conocimiento. El sujeto está advertido en tanto su división es realizada. Hay equivalencia estricta entre “sujeto advertido” y “sujeto dividido”, porque la advertencia no es una determinación del sujeto. Estar dividido no califica al sujeto, es el sujeto mismo. La tesis lacaniana es entonces la siguiente: la instauración del sujeto como tal consiste en su destitución. Primero, ésta: la destitución subjetiva espera a cualquier sujeto analizante al final de su recorrido. Es decir, que ella se ubica como lugar común. La promesa del psicoanálisis es la misma sino para todos al menos para cada uno, aún si las vías para acceder a ella siguen siendo singulares.

La destitución subjetiva es el resultado final del trabajo analizante, aquello que se produce en el final de un psicoanálisis y el des-ser del analista aparece como una revelación más que como una producción, ya que estaba velado hasta ese momento por ocupar el psicoanalista el lugar del Sujeto Supuesto al Saber en la transferencia. Ambos términos son la consecuencia final y estricta del acto analítico llevado a su término, en tanto pueda realizarse como práctica.

El fin de análisis, “es cuando uno ha dado dos veces la vuelta en redondo, es decir, encontrado eso de lo que se es prisionero” (Lacan, 1977). El análisis entonces, no consiste tanto en liberarse de la sujeción al Otro como en saber por qué se está enredado.

Diremos que al final, es el sujeto de la demanda el que queda destituido pero no queda liberado ni de la demanda ni de los goces de los otros. Sólo que podrá estar en mejores condiciones para convivir con eso. No se trata entonces de un pisoteo del Otro. Este acto no está desconectado del Otro, no es sin el Otro. Será sin el Otro en tanto sin garantía, sin cálculo, pero este acto es incitado por el deseo del Otro y relacionarse con el deseo del Otro es bien distinto que hacerlo con la demanda. Esto implica un acto de libertad al final del análisis, una ganancia dado que del partenaire no se esperaría ya un reconocimiento obtenido a partir de las identificaciones consagradas.

“Esa destitución del sujeto de la que Lacan habla como condición del análisis se distingue radicalmente de un des-ser, o de una falta en ser, y precisamente porque no se trata de

un ser representado; la destitución subjetiva permite ser fuera de los títulos, de las insignias, de los reconocimientos...” (Lombardi, 2009)

Hay acuerdo en que las últimas elaboraciones de Lacan proponen el síntoma como letra de goce y, en consecuencia, coinciden en diferenciarlo de su concepción anterior que lo situaba como formación del inconsciente y por lo tanto sujeto a la interpretación. Acuerdan también en que ese modo de goce sintomático constituye lo más propio que distingue a cada ser hablante en su singularidad, y que asume de esa manera el valor del más auténtico nombre propio.

Entonces, el análisis irá de las identificaciones sostenidas en el Nombre-del-Padre y en el universo del Otro de los significantes que empujan al sentido hacia su reverso, la identificación con el síntoma, en singular, que implica fundamentalmente la nominación propia. Nominación que anuda, pero no ya por la vía del sentido demandado al Otro. El fin del análisis entrega esa peculiar identificación al modo singular de nombrar el goce que está en la causa del síntoma, en un intento de negativizarlo. Sobre el final del análisis se trata de “asumir” una posición frente a lo irreductible, reconociendo los límites de la verdad.

XII. Momento de concluir... ¿una cura de lo incurable?

Decimos que en psicoanálisis hay mejoría, hay efecto terapéutico, esto es, alivianamiento del sufrimiento, pero también dijimos que el psicoanálisis no se contenta con ello. Para abrir paso al camino que sigue, la angustia ha de devenir motor. Para ello el psicoanálisis va a tentar al síntoma con la verdad como causa material, va a animarlo a mostrar su estructura, su real dividido, su goce torturado, su insatisfacción radical. Nos preguntamos entonces si vale la pena soportar el acto analítico que implica un penoso y largo análisis, que involucra sufrimiento, si con una pequeña terapia sugestiva también se obtienen resultados terapéuticos. Es una objeción que se le hace al psicoanálisis, el tiempo, el dinero, el esfuerzo que demanda para obtener una mejoría que algunas terapias sugestivas también obtienen. Podemos llamarlas terapias reeducativas porque buscan alcanzar lo que la educación y la presión social no han logrado. Ponen una capa más de empuje a la conformidad.

Ahora bien, para el psicoanálisis, tentar al síntoma con la verdad permite finalmente, la ubicación de su real dividido, y esa ubicación coincide con el fin lacaniano del análisis; allí reside su valor analítico. Dado que eso se presenta como un real inmodificable, un compromiso divisorio incurable, no queda más remedio que identificarse a eso, al síntoma, al sujeto dividido por su decisión partida, pero tomando un poco de distancia, una distancia que garantice que el S/ es una forma de ser, pero no la única que está a nuestro alcance.

Creemos que lo que realmente justifica y otorga fundamento a esta violencia del acto analítico es el efecto que se obtiene al final del análisis. Y creemos que es esto lo que realmente promete el psicoanálisis, promesa que no todo analizante alcanza. ¿Serán cuestiones del orden de la estructura las que impiden dicho alcance? En la historia del psicoanálisis hubo un debate sobre este punto. Y podemos decir que un análisis logra su verdadero objetivo ético cuando lleva a un sujeto hasta lo que se llama una identidad de separación. La misma no la hallamos en el síntoma ni en la determinación del fantasma, sino más bien en la indeterminación, en lo que Lacan llama la destitución subjetiva.

Al final de un análisis se debería producir un sujeto liberado de la duda sobre qué es. Al final deberíamos obtener un efecto que pusiera un punto final, un punto de capitón, un cierre. El

final no es una apertura, es un cierre a la pregunta que corre bajo la elaboración analítica. La pregunta podemos formularla como ¿Qué soy para tener los síntomas que tengo? y a nivel del inconsciente ¿Qué significan mis síntomas? Se trata entonces de un cierre a la pregunta acerca de la neurosis.

El atravesamiento deja entonces por un lado en evidencia la dimensión del objeto, pero también hace caer el ser de sentido que sostenía el fantasma. Eso abre el tramo final del análisis y se hace evidente el trayecto pulsional, entre *el enmudecimiento* que daba máxima consistencia al fantasma y *el hacerse escuchar*. Aislarlo permite dar el paso que supone el final y permite la separación del analista.

La emergencia de ese referente y el dismantelamiento del ser de sentido del fantasma, arrastran también al Otro, que pasa de su máxima consistencia a la evidencia de su inexistencia. El punto decisivo para lograr la salida de la transferencia concierne necesariamente a la pérdida de las pantallas encubridoras, el exilio del sujeto de la escena fantasmática. Una vez que deja caer el velo, se revela aquí la verdad analítica: que el Otro está fallado. Se trata de admitir que el Otro, aquí el analista, siempre falla en su misión de garantizar al sujeto-supuesto-saber. Llegar a ese punto en el análisis le permite al sujeto separarse del analista, lo que implica la caída del velo transferencial que hacía de motor pero también de obstáculo.

Del lado del sujeto cae la solución neurótica construida. El analista supo alojar ese vacío permitiéndome atravesar ese desierto. El neurótico, en una cura analítica, tendrá la opción de desconectar de la castración la angustia, y toma de ésta la certidumbre como una referencia que lo orienta hacia lo real.

Lacan finalmente pudo llamar a la identidad de separación identificación al síntoma, que es una expresión contradictoria. Precisamente la identificación al síntoma no es una identificación, es más bien el develamiento al final de la reducción analítica de la configuración del deseo y del goce del sujeto. Entonces no se trata de la identificación, se trata de lo que es el sujeto en el núcleo del fantasma y síntoma inconsciente. Y es una singularidad porque habla del sujeto. No hay dos sujetos idénticos, no somos al nivel de las normas homogeneizantes, somos al nivel del núcleo y no hay un sujeto idéntico a otro y por eso lo podemos llamar identidad de separación. Esta expresión la tomamos de Colette Soler, no de Lacan. No hay otra identidad más

que la identidad de separación. Fuera de eso hay series de identificación que se pueden mover, deslizar en el transcurso de una vida y por ende de un análisis, pero no basta con ello.

Podemos decir que identificarse con el síntoma es tomar recaudos, garantías, una especie de distancia. Allí está el fin del análisis, en ese resguardo, en esa especie de distancia, que hace del síntoma incurable una garantía de separación, de no conformidad. Ese conocimiento del síntoma ya inanalizable es imposible de descomponer en elementos últimos, no hay más que eso, es una posición tomada, incurable.

La función del síntoma entonces es la de ser una letra extraída del inconsciente a la cual el analizante se identificaría sobre el final del análisis. Identificarse al síntoma es conocerlo, es decir, saber hacer con, saber desembrollarlo y manipularlo, ese es el fin del análisis. Se trata de un proceso que va del desciframiento del partenaire-síntoma, hacia el cifrado del mismo, esto es, el reconocimiento de la verdad implicada en ese síntoma, de cuál era el goce que lo sustentaba. Proceso que implica una pérdida, una negativización de goce, duelar la satisfacción que estaba en su causa y liberarse así de la repetición. El goce que no se cifra se repite.

Tomamos aquí un testimonio de Marcelo Mazzuca “El inconsciente corrector” para ilustrar las transformaciones del síntoma en la transferencia que nos conducen al fin del análisis. En dicho testimonio, tenemos un primer y extenso periodo de desciframiento del partenaire-síntoma, en el cual los sueños cumplieron un papel destacado en el trabajo de análisis. En este caso, podemos calificar ese trabajo analizante como un desciframiento que revelaba y ponía en cuestión las vías de construcción de una versión Ideal de La mujer, que además sostenía la creencia en un posible Todo-Amor-Materno en un último intento por desconocer la castración del Otro. Gracias al manejo de la transferencia y a las intervenciones del analista, que remarcan el significante fusión como “unión armónica de dos variedades de mujeres” Mazzuca logra desprender su elección de objeto de aquellos rasgos de La Mujer Ideal que lo llevaban a elegir siempre en función de dos series de mujeres, dos variedades distintas que indicaban una clasificación y tipificación de sus rasgos. En ese momento, el analizante reacciona intentando ponerle fin al análisis pero ante esto no obtiene el consentimiento del analista. La primera sensación del paciente fue de decepción frente a su negativa, pero rápidamente comprendió que se trataba de una renovada invitación al análisis, pudiendo admitir que algunos aspectos del

síntoma permanecían sin analizar y que si bien había logrado liberarse de aquella tendencia a clasificar a las mujeres aun no había logrado elegir una, cosa que realmente deseaba. El analista interviene diciendo “mi deseo es poder llevar ese cuestionamiento hasta las últimas consecuencias”. La firme intervención del analista, expresión de un deseo decidido, se dirige entonces al más allá de la terapéutica del síntoma. “El inconsciente no tiene cuerpo más que de palabras” (Lacan, 1977) y allí radica el acceso posible a lo real interesado en la experiencia de análisis. Termina así entonces el periodo de trabajo más extenso de desciframiento del partenaire-síntoma destacando el punto hasta el cual llegó el reconocimiento de la verdad implicada en ese síntoma. Lo que no estaba suficientemente elaborado era del orden del qué y cómo hacer con esa revelación, más específicamente, cuál era el goce que lo sustentaba. En este caso si bien se trata de un goce teñido de gran opacidad, intentamos situar aquello que pudo cernirse de aquel goce opaco en términos del cifrado del síntoma. El primer aspecto tiene que ver con la elección del partenaire-síntoma, el analizante realiza una primera elección de objeto que designa como una “elección por la negativa”. Algo así como “una mujer que no tenga nada en común con las anteriores”, y que en cierto sentido no se enganchara de ningún modo con su inconsciente, motivo por el cual dicha elección tenía fecha de vencimiento. Por último, llegó la elección de una mujer distinta, no totalmente sujeta a la clasificación que en otros tiempos determinaba las elecciones amorosas, pero tampoco del todo ajena a la práctica de su inconsciente. En el tramo final del análisis varios sueños se pusieron en conexión y revelaron con mayor claridad un aspecto del goce del síntoma que hasta ese momento permanecía sujeto a la repetición. Los sueños mostraban los límites del goce femenino contra los cuales el falo chocaba y friccionaba intentando responder. En uno de ellos el paciente se encuentra pariendo un hijo, en otro prestando el vientre para gestar algo que no es del todo suyo, y en el último, dejando al recién nacido en el hospital para irse a disfrutar un rato a solas con su mujer. A su entender, estos sueños expresan que lo gestado no es todo suyo y que la mujer no es toda madre, poniendo a operar algo del orden de la negativización del goce. Pero el sueño que puso punto final al trabajo de análisis fue otro. El relato aproximado del sueño es el siguiente: *“Logro que me inviten y me hagan partícipe de una salida de mujeres, lo cual me produce expectativas y una gran curiosidad por aquello de lo que hablan”*. Al relatar este sueño en sesión, logra advertir que se produce un efecto de pérdida del “goce de la curiosidad”, ya no hay trampas ni grandes secretos. Las mujeres no hablan de nada en particular, simplemente hablan y por supuesto gozan. De allí en más, unas pocas sesiones bastaron para encontrar la ocasión que

permitiera concluir el análisis mediante un claro sueño de castración pero reducido a elementos últimos que ya no se ofrecían a ningún tipo de desciframiento. La imagen de aquel sueño era la siguiente: “se me derretían dos o tres dedos de la mano”, lo cual mostraba una imagen acotada de una cifra de dos o tres elementos a los que se reducían todo el trabajo de desciframiento. Este constituye un sueño bisagra entre la experiencia de análisis y la del pase, que cobró valor retroactivamente para el analizante en entrevistas con sus pasadores, se trata de una “firma de castración”.

XIII. Comentarios finales

A modo de conclusión podríamos decir que esta tesis se trató de un intento de pensar el concepto de progreso, concepto que no es propio de la teoría psicoanalítica, en el marco de una cura analítica. Se trata de un intento de pensar al psicoanálisis dentro del contexto actual en el que dicha praxis se desarrolla. Para ello, fue necesario partir el recorrido desde la noción de progreso para el sistema capitalista y las terapias que tienen vigencia en la actualidad. Además, situar los contrapuntos de estas terapéuticas respecto de la cura analítica para poder construir así una noción de progreso pensada desde el psicoanálisis. Cabe destacar que dicha noción nos inquietó por la importancia que cobra a partir de los atravesamientos socio-culturales y epocales que demandan bienestar, avance, rapidez y completud y que instalan en la subjetividad una visión adaptativa del sujeto. De lo que se trata entonces, es de pensar el concepto de salud en otros términos, esto es, en los términos que el deseo plantea. Así, nos referimos en primera instancia al progreso de un sujeto en la cura analítica en términos de efectos terapéuticos, vale decir, del alivianamiento del sufrimiento que conlleva la remoción del síntoma neurótico. Pero ahora bien, dicho alivianamiento del padecer puede alcanzarse por otras vías que no son únicamente las de la terapia analítica y por ende, este constituye un punto de entrecruzamiento con las diversas logoterapias actuales. Es más, nos atreveríamos a decir que es un número mayor de sujetos los que buscan la resolución por estas vías y se contentan con ello. Desde ya, se trata de terapias que presentan resultados observables a corto plazo aunque probablemente, dichos resultados, desaparezcan también a corto plazo o se desplacen sustitutivamente, dado que dejarían intocada su causa real-pulsional. Es en este punto donde, a nuestro modo de ver, la noción de progreso en psicoanálisis cobra todo su esplendor. Todavía queda mucho por hacer si planteamos un recorrido que incluye el atravesamiento del fantasma y la producción de un incurable. La cuestión es que el motor de aquello que queda por recorrer es la angustia y la posibilidad de saber hacer con ella. Se trata de un recorrido en términos de una clínica de la falta, bien distinta a las terapias que tienen como meta la completud. En la cura analítica se trabaja con la falta, sobre la falta, y apuntando a ella, a la producción de un incurable hacia el final del análisis. Remarcamos aquí la noción de angustia para la teoría psicoanalítica. Podemos decir que la angustia es un afecto que no engaña y su función es la de ser señal de que falta la falta, de que la falta desfallece. En otros términos, la completud angustia, cuestión paradójica desde la lectura de las terapias actuales que apuntan a la completud porque ven allí la felicidad. Podemos

preguntarnos también ¿Qué es entonces la felicidad? Creemos que desde el psicoanálisis se podría homologar al deseo, y al estar en consonancia con este. Pero para que algo del deseo emerja es condición fundamental que la falta esté en su causa. Falta que estará al inicio de la cura y que constituirá también su final. Falta que se plantea como estructural al sujeto neurótico y que el deseo intentará colmar metonímicamente. La función del analista constituye el pivote de la cura en la transferencia, la función de deseo del analista no intenta adaptar al sujeto, sino que separa, hace de corte, angustia, pero para producir una reescritura de la castración y de la posición del sujeto en ella, una posición menos sufriente. Hablamos de una clínica de la falta, de una cura de lo incurable, de una subjetividad que se destituye, en un intento de vérselas mejor con un real que interpela y no cesa de no escribirse pero que se escribe a medias con la letra ficticia del fantasma. Por eso, en el camino hacia la destitución subjetiva, esto es, a constituir una identidad de separación, habrá que trabajar hacia la reescritura de la ficción que se anuda al fantasma. Se trata al final de producir un sujeto más libre, advertido de su posición de objeto del deseo del Otro, destituido de ello. Entonces, si ante la falta en ser que habita en el sujeto en el momento que adviene al mundo el sujeto responde haciéndose objeto del Otro, ¿de lo que se trata es de avanzar hacia un sujeto sin ser? ¿O de un ser más allá de los atravesamientos del Otro? Creemos que hasta en la misma destitución subjetiva hay un límite. ¿Se puede destituirse por completo como sujeto del Otro? ¿Qué queda de uno sin eso? Quizá, no más que la falta en ser y otro modo de hacer con ella en una apuesta a la vida en los términos que el deseo propone. Entonces, ¿hay o no progreso en una cura analítica? Creemos que si lo hay, pero no en los mismos términos que proponen aquellas terapéuticas atravesadas por la lógica del sistema capitalista actual. Aunque comparte con éstas un punto de intersección a nivel del levantamiento del síntoma y del efecto terapéutico que ello conlleva, el progreso en un psicoanálisis va más allá. Más allá, de las coordenadas del síntoma que nos presta su cara significativa, más allá del desciframiento de su mensaje enigmático y de su desaparición como cuerpo extraño. Este más allá indica que el progreso del sujeto en la cura analítica excede la presencia del significativo y apunta a una negativización del goce que está en la causa de aquello que se nos presenta, hasta llegar a los límites propios de dicha causa, que son también los límites propios de la estructura. Se trata hacia el final, de progresar en la producción de un incurable, atravesando, reescribiendo para ello, la verdad sobre la posición del goce del sujeto. Se trata de conmovier, de hacer vacilar, aquel punto de goce coagulado, en una apuesta a la vida, entendiendo por ello la producción de un sujeto más advertido de su identificación al objeto, de las determinaciones del

Otro, y por ende, más separado, más libre. Creemos en la posibilidad de una destitución subjetiva en términos de destituir al sujeto de su posición de objeto del Otro, en los momentos en que dicha posición genera angustia, pero no creemos que pueda existir un sujeto más allá del Otro, un sujeto no sujetado al Otro. Si decimos que en la neurosis, la fórmula del fantasma liga al sujeto al Otro, éste oscilará entre aquel lugar de objeto del Otro y su posición deseante, oscilará en la dialéctica de la alienación y la separación pero advertido esta vez, de aquellos puntos alientantes que lo angustian para operar allí su reescritura.

“Ya comprendo la verdad

estalla en mis deseos

y en mis desdichas

en mis desencuentros

en mis desequilibrios

en mis delirios

ya comprendo la verdad

ahora

a buscar la vida.”

Pizarnik, A, Solamente.

Referencias bibliográficas

- Amigo, S. “Clínica de los fracasos del fantasma”. Homo sapiens ediciones. 1999, pg 22. Editorial Letra Viva
- Braunstein, N “El goce, un concepto lacaniano”. 2006, pg 89. Siglo XXI Editores.
- Frydman, A. “La subversión de Lacan” Una introducción a la noción de sujeto. 2012, pg 87. Ediciones continente
- Frydman, A. “La subversión de Lacan” Una introducción a la noción de sujeto. 2012, pg 94. Ediciones continente
- Frydman, A. “La subversión de Lacan” Una introducción a la noción de sujeto. 2012, pg 101. Ediciones continente
- Gerber, D. De la erótica a la clínica: “el sujeto en entredicho” 2008, pg 195. Editorial Lazos.
- Gerber, D. De la erótica a la clínica: “el sujeto en entredicho” 2008, pg 196. Editorial Lazos.
- Gerber, D. De la erótica a la clínica: “el sujeto en entredicho” 2008, pg 197. Editorial Lazos.
- Gerber, D. De la erótica a la clínica: “el sujeto en entredicho” 2008, pg 203. Editorial Lazos.
- Iunger, V. De la letra por el equívoco. El logos freudiano. Ensayos psicoanalíticos. 2015, pg 81. EUEDEM, colección bitácora (cuadernos del analista)
- Iunger V. “De la letra por el equívoco” El logos freudiano. Ensayos psicoanalíticos. 2015, pg 36. EUEDEM, colección bitácora (cuadernos del analista)
- Lacan, J. Escritos I “La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud”. 1966, pg 488. Siglo XXI Editores
- Lacan J, Escritos II “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente Freudiano” 1966, pg 775. Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. Escritos II “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente Freudiano” 1966, pg 775. Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. Escritos II “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente Freudiano” 1966, pg 493. Siglo XXI Editores

- Lacan, J. Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. 1964, pg 32. Editorial Paidós
- Lacan, J. Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. 1964, pg 33. Editorial Paidós
- Lacan, J. Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. 1964, pg 143. Editorial Paidós
- Lacan, J. Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. 1964, pg 282. Editorial Paidós
- Lacan, J. Seminario 10 “La angustia” 1962, pg 342. Editorial Paidós.
- Lacan, Escritos II “Juventud de Gide, o la letra y el deseo” Sobre un libro de Jean Delay y otro de Jean Shlumberger. 1966. Pg 711. Siglo XXI editores.
- Lacan, J. “Proposición del 9 de octubre de 1967”, pg 14-30.
- Lacan, J. Clase del 20 de Junio de 1962.
- Lacan, J. Seminario 17 “El reverso del psicoanálisis”, 1975, pg 112. Editorial Paidós.
- Lacan, J. Seminario 15 “El acto psicoanalítico”. Clase 15 de noviembre de 1967, pg 2. Editorial Kriptos.
- Lacan, J. Seminario 15 “El acto psicoanalítico”. Clase 15 de noviembre de 1967, pg 20. Editorial Kriptos.
- Lacan, J. Seminario 15 “El acto psicoanalítico”. Clase 15 de noviembre de 1967, pg 40. Editorial Kriptos.
- Lacan, J. Seminario 15 “El acto psicoanalítico”. Clase 15 de noviembre de 1967, pg 67. Editorial Kriptos
- Lacan, J. Seminario 17 “El reverso del psicoanálisis”, 1975, pg 77. Editorial Paidós.
- Lacan, J. Seminario 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. 1964, pg 281. Editorial Paidós.
- Lacan, J. Seminario 17 “El reverso del psicoanálisis”, 1975, pg 54. Editorial Paidós.
- Lacan, J. Psicoanálisis y Medicina, el 16 de Febrero de 1966, pg 16
- Lacan, J. Seminario 19 “... O peor” Clase 4 de mayo de 1972, pg 149. Editorial Paidós.
- Lacan, J. Seminario 10 “La angustia”. 1962, pg 62. Editorial Paidós.
- Lacan, J. Seminario 10 “La angustia”. 1962, pg 87. Editorial Paidós.
- Lacan, J. “Proposición del 9 de octubre de 1967”, pg 12.

- Lacan, J. Seminario 25 “Momento de concluir” 1977, pg 102. Editorial Paidós
- Lacan, J. Seminario 24, inédito clase 26 de febrero de 1977.
- Lombardi, G. “Rectificación y destitución del sujeto. Dos formas del ser discernidas por el psicoanálisis” 2009, pg 36. Editorial Paidós
- Mazzuca, M, Mordoh, E, Otero, T, Boxaca, L, Lopez, M, Lombardi, G, Lutereau, L “Usos del analista” Conceptos fundamentales de la clínica psicoanalítica. 2015, pg 119. Editorial Letra Viva
- Meghdessian, A, “Un testimonio”. Presentado en el espacio “Testimonio de la clínica” en septiembre 1986 en la EFBA.
- Miller, J, A. Conferencias caraqueñas”: “Recorrido de Lacan”, “El piropo: Psicoanálisis y lenguaje”, “Elementos de epistemología”, “La transferencia de Freud a Lacan” y “La transferencia. Recorrido de Lacan: ocho conferencias. 1987, pg 63. Editorial Manantial.
- Miller, J, A “El partenaire síntoma” 2008, pg 61. Editorial Paidós.
- Miller, J, A “El ultimísimo Lacan” Texto establecido por Silvia Elena Tendlarz. 2013, pg 101. Editorial Paidós
- Quinet, A. “Las cuatro condiciones del análisis”, 1996, pg 41. Editorial EOL
- Quinet, A. “Las cuatro condiciones del análisis”, 1996, pg 44. Editorial EOL
- Rabinovich, D “La angustia y el deseo del Otro”. Manantial Estudios de psicoanálisis. 1992, pg 76. Editorial Manantial
- Rabinovich, D. “Sexualidad y significante”. Ediciones Manantial. 1986, pg 20.
- Rubistein, A. “Entrevistas preliminares y efectos analíticos”. En Hojas clínicas V, Buenos Aires, JVE. 2002, pg 22
- Rubistein, A. “A qué llamar terapéutico en psicoanálisis. En: La terapia psicoanalítica: efectos y terminaciones. JCE Ediciones. Buenos Aires. 2012, pg 78
- Rubistein, A. “A qué llamar terapéutico en psicoanálisis. En: La terapia psicoanalítica: efectos y terminaciones. JCE Ediciones. Buenos Aires. 2012, pg 81
- Safouan, M. Lacaniana II “Los seminarios de Jacques Lacan 1964-1979” 2009, pg 60. Editorial Paidós
- Soler, C. “Finales de análisis” Los ensayos.1988, pg 73. Ed, Manantial
- Soler, C. “Finales de análisis” Los ensayos. 1988, pg 11. Ed, Manantial
- Soler, C. “Finales de análisis” Los ensayos. 1988, pg 55. Ed, Manantial.

- Soler, C. “Finales de análisis” Los ensayos. 1988, pg 33. Ed, Manantial.
- Soler, C “Qué se espera del análisis y del psicoanalista”. Conferencia en APdeBA. 2004, pg 783.
- Soler, C “Qué se espera del análisis y del psicoanalista”. Conferencia en APdeBA. 2004, pg 779
- Soler, C “Qué se espera del análisis y del psicoanalista”. Conferencia en APdeBA. 2004, pg 787.
- Soler, C “Qué se espera del análisis y del psicoanalista”. Conferencia en APdeBA. 2004, pg 794
- Soler, C. “Finales de análisis” Los ensayos.1988, pg 138. Ed, Manantial
- Soler, C. “Finales de análisis” Los ensayos. 1988, pg 142. Ed, Manantial
- Soler, C. “Lo que Lacan dijo de las mujeres”. 2008, pg 55. Editorial Paidós
- Soler, C. “Lo que Lacan dijo de las mujeres”. 2008, pg 56. Editorial Paidós
- Soler, C. “Lo que Lacan dijo de las mujeres”. 2008, pg 112. Editorial Paidós.
- Soler, C. “Finales de análisis” Los ensayos. 1988, pg 19. Ed, Manantial.
- Soler, C. “Finales de análisis” Los ensayos.1988, pg 20. Ed, Manantial